

mario José testa

1962

AUTOR: LEWIS MUNFORD

TITULO: LA CULTURA DE LAS CIUDADES  
FORMACION Y DECADENCIA DE LA MEGALOPOLIS

CAPITULO IV

*Debajo de las multiplicaciones  
hay una gota de sangre de pato;  
debajo de las divisiones  
hay una gota de sangre de marinero;  
debajo de las sumas, un río de sangre tibia*

FOL

CURSO: ESTABLECIMIENTOS HUMANOS

PROF: EDUARDO NEIRA ALVA

SOLO PARA DISTRIBUCION INTERNA

## CAPITULO IV

### FORMACION Y DECADENCIA DE LA MEGALOPOLIS

#### I. LA NUEVA COALICION

La historia de todas las ciudades puede leerse en una sucesión de depósitos: los estratos sedimentarios de la historia. Si bien ciertas formas y fases del desarrollo se suceden en el tiempo, llegan a ser, debido a la acción de los procesos cívicos, acumulativas en el espacio. El punto de acumulación máxima, el foco de los hechos pasados y de las actividades presentes, es la metrópoli. La emergencia de una gran ciudad debida a la contribución de una multitud de ciudades regionales características de la Edad Media es un hecho evidente; a tal punto que ciertos historiadores economistas han descripto ese cambio como el de una economía de la ciudad en una economía de la metrópoli. En general esta caracterización es exacta ¿mas el hecho acaso es permanente? ¿Seguirá atenuándose la vida de los pueblos y de las ciudades de campaña y de los centros regionales? ¿Llegará la vida a significar la concentración cada vez más grande del poder en unas pocas metrópolis cuyos suburbios de residencias absorberán finalmente la región rural? .

Muchos análisis del crecimiento de la ciudad contemporánea admiten que éste será el desarrollo final. Se han hecho vastos planes en varias metrópolis para continuar este proceso y para absorber una población mayor; y aun en aquellos países donde el crecimiento de la población ha disminuido se da por sentado que no se detendrá el engrandecimiento metropolitano. Para desgracia de esas esperanzas y esos proyectos, el empuje ciego de las fuerzas contemporáneas no garantiza la continuación de este proceso, pues éste, por su naturaleza misma, es autolimitador. Mientras tanto, las cargas del desarrollo metropolitano han ido acumulándose. Ya es posible percibir un nuevo patrón económico y social, lo cual significa un paso que trasciende la economía metropolitana.

Lejos de representar adecuadamente las fuerzas de la civilización moderna, la metró-  
poli es uno de los obstáculos más grandes para que los humanos puedan recoger sus frutos. ¿En qué  
sentido es esto cierto? ¿Cómo ha llegado a suceder? ¿Cuáles son las alternativas que se nos pre-  
sentan? Estas son las cuestiones que me propongo contestar.

Thorstein Veblen nos ha familiarizado con el conflicto latente entre la empresa mecá-  
nica y la empresa comercial: entre el industrial anticuado, cuya diversión estaba circunscripta a  
su trabajo diario y cuyas ganancias pecuniarias eran testimonios de su éxito en los negocios, y la  
nueva clase de financistas que tienen su origen en la banca y en la especulación, y para quienes  
la ganancia pecuniaria es el objeto y fin de la existencia. Hasta cierto punto este distingo es le-  
gítimo. Se refleja en los ambientes que han contribuido a crearlo. Se puede a grandes rasgos, es-  
tablecer una distinción entre las ciudades productoras y las ciudades consumidoras, entre Pitts-  
burgh, Lyon, Turín y Essen por una parte, y Londres, Nueva York, París, Berlín y Roma y sus luga-  
res de recreo subsidiarios por la otra.

Durante el período paleotécnico se hacían grandes fortunas en la producción de ace-  
ro y de máquinas, y en la extracción del carbón y del petróleo; el dinero se acumulaba en los  
grandes centros a expensas de los recursos locales y de la población local, y se gastaba, en par-  
te o completamente, en ciudades remotas. A menudo los gastos lujosos no podían satisfacerse en  
las ciudades industriales. Desde 1875 en adelante, el centro de gravedad se desplazó de las ciu-  
dades productoras a las capitales: la competencia libre, que era el lema dominante de principios  
del siglo XIX, si es que no llegó a ser la práctica universal, cedió ante el esfuerzo de reali-  
zar el monopolio práctico o algo que se pareciese a ello.

Este movimiento anuló las divisiones entre las varias clases sociales, que hasta en-  
tonces habían permanecido relativamente aisladas. En casi todos los países se formó una coali-  
ción de la tierra, de la industria, de la finanza y del oficialismo a fin de intensificar en lo

posible la explotación pecuniaria. Los agentes del poder, la aristocracia, la burocracia política y el ejército comenzaron a dirigir los "intereses nacionales" poniéndolos al servicio del industrial, dándose a la búsqueda de materias primas y mercados capaces de absorber el exceso de la producción; esto explica el reparto de Africa, Asia y partes similares "atrasadas" del mundo. El industrial, a su vez, abandonando su creencia ingenua en el laissez-faire y en la empresa libre, ligó su suerte a la de sus aliados imperialistas a fin de estabilizar la industria y obtener ventajas en el monopolio, lo cual dió como resultado las tarifas aduaneras, los subsidios y las subvenciones a las exportaciones.

La coalición de los intereses económicos fue en gran parte responsable del continuo crecimiento de la población en las grandes capitales durante el siglo XIX y de la formación de nuevos centros metropolitanos. La ciudad que habfa crecido con exceso, en lugar de aparecer como un fenómeno aislado, como un emblema de concentración puramente política, llegó a ser el tipo dominante. Ciudadcarbón, la ciudad industrial pura, fue la forma "recesiva" después de 1890.

Aun en la ciudad provincial más apartada, el patrón de vida institucional era el metropolitano. El santo y seña de la política del poder; la exaltación nacionalista y la aceptación de las normas comerciales y culturales de la metrópoli adquirieron carácter universal. Los utilitaristas de Inglaterra, que habfan convertido el país verde de Shakespeare en el país Negro de Dickens, procedieron durante el siglo XIX a pintar de rojo el resto del mapa. En olas sucesivas de explotación beligerante, otros países siguieron a la zaga. Los colores de la vida perdieron su brillo en el ambiente disparatado de la ciudad industrial, pero aparecieron de nuevo en los uniformes vistosos de las guardias y los coraceros de la metrópoli.

La base de la aglomeración metropolitana residfa en el enorme aumento de la población que tuvo lugar durante el siglo XIX. La población europea, que sumaba alrededor de doscientos millones durante las guerras napoleónicas, alcanzó la cifra de seiscientos millones cuando estalló la primera guerra mundial. Esta población, que sólo representaba una sexta parte de la

población de la Tierra en los días de Malthus, llegó a constituir el tercio en poco más de un siglo. En 1800 ni una sola ciudad del mundo occidental tenía más de un millón de habitantes: Londres, la más populosa de todas, sólo contaba con 959.310, en tanto que la población de París apenas pasaba de medio millón, y la de Viena sólo alcanzaba a la mitad de esa cifra. En 1850 Londres tenía más de dos millones y París más de un millón, mas hasta entonces ambas ciudades no tenían rivales serios. Pero en 1900 ya eran once las metrópolis con más de un millón de habitantes, incluyendo a Berlín, Chicago, Nueva York, Filadelfia, Moscú, San Petersburgo, Viena, Tokio y Calcuta. Treinta años más tarde, como resultado de esta concentración a fiebre del capital y de los medios de explotación militares y mecánicos, habían veintisiete ciudades con más de un millón de habitantes. En esa lista, donde aparecían metrópolis de todos los continentes, incluso Australia, Nueva York figuraba a la cabeza y Birmingham ocupaba el último lugar. El surgimiento de ciudades con poblaciones de más de cien mil habitantes era igualmente notorio, y asimismo la propagación de grandes anillos suburbanos alrededor de los distritos centrales de esas ciudades. En el censo realizado en 1930 en los Estados Unidos, casi la mitad de la población vivía dentro de un radio de veinte a cincuenta millas de las ciudades que tenían más de cien mil habitantes. La mera alteración de escala y de extensión daba por resultado cambios cualitativos en esos centros.

## 2. LA BUROCRACIA TENTACULAR

¿Cuáles fueron las fuerzas que crearon este proceso de aglomeración urbana? ¿Por qué se convirtió la metrópoli en la imagen de la esperanza social y de la empresa económica, aun para aquellas partes del mundo cuyas maneras de vivir consagradas fueron socavadas por la extensión de la "ville tentaculaire"?

Los factores que determinaban la aglomeración eran las líneas de ferrocarriles continentales y las líneas marítimas comerciales; unas y otras mantenían el flujo continuo de

materias primas y de combustibles a la metrópoli: todos los caminos conducían a la capital. Pero la fuerza cívica emanaba de la centralización de los órganos de administración en las grandes capitales y de la dependencia creciente de todos los tipos de empresa, política, educativa y económica, del proceso de la administración.

En cuanto se generalizaron los medios de comunicación instantáneos apareció un nuevo incentivo para concentrar los órganos de la administración: podía controlarse la producción, dar y cancelar órdenes, extender créditos y cambiar productos, liquidar giros y productos desde un punto determinado. El control remoto, que comienza al separar la plana mayor de la tropa de línea en el ejército, se extendió a las operaciones financieras. Con la fabricación de la máquina de escribir, allá por el año 1870, y la generalización coincidente de la estenografía, se podían realizar más negocios en el papel. Los medios mecánicos de comunicación, los medios mecánicos de hacer y manejar de distintas maneras toda clase de documentos, los medios mecánicos de ajuste de cuentas y de control, contribuían a crear una gran burocracia comercial capaz de vender artículos y productos en territorios cada vez más remotos.

La palabra burocracia, a mediados del siglo XIX, se había convertido en un término despectivo para significar la ineficacia: Dickens no necesitó poderes especiales de invención para crear a Sir Tite Barnacle y el Escritorio de Circunlocución. Todos experimentaron, - en el mundo financiero y político, la dificultad de hacer cosas por acción directa. El arte civil más simple necesitó sanciones legales, documentos y verificaciones. Desde la búsqueda de un dato hasta el establecimiento de derechos civiles en el matrimonio, nadie podía moverse sin la intervención de funcionarios especiales. Los abogados, que conocían las formas y los tecnicismos adecuados, constituían una gran parte de la población profesional creciente; se necesitaban sus servicios para observar la ley y aún más para burlarla sin incurrir en penalidades.

Dentro de este estado de cosas, la burocracia política servía de blanco a la crítica: se daba por sentado que tenía el monopolio de los métodos vagos y de las formas exagerada

mente escrupulosas. Pero la indignación de los hombres de negocios en lo que atañe al monstruoso crecimiento político de la burocracia carecía de fundamento. En efecto, esa actitud pasaba por alto el hecho de que el gran desarrollo de la burocracia durante el siglo pasado tuvo lugar dentro de la esfera de los negocios: este desarrollo hizo resaltar los defectos de la burocracia gubernamental. Evidentemente, ninguna gran empresa corporativa con una red universal de agentes, corresponsales, mercados de venta, fábricas y capitalistas que habían invertido dinero, podía existir sin el apoyo de un ejército de oficinistas pacientes y rutinarios en la metrópoli: estenógrafos, clasificadores, tenedores de libros, directores de oficina, directores de ventas y sus distintos ayudantes hasta el quinto vicepresidente, cuyo nombre o visto bueno garantizaba los actos comerciales. El albergar esta burocracia en edificios de oficinas, departamentos y suburbios de residencia, constituyó una de las tareas principales de la expansión metropolitana, y su transporte de ida y vuelta, dentro de un tiempo limitado, planteó uno de los problemas técnicos más difíciles de resolver al diseñador de la ciudad y al ingeniero.

No sólo la burocracia necesitó espacio para sus oficinas y para la gente que empleaba, sino que los subproductos de su rutina llegaron a ocupar una proporción cada vez más grande de los nuevos locales: archivos, armarios, depósitos, lugares para exhibir documentos, así como cementerios para enterrarlos, donde los antecedentes de los negocios se conservaban en orden alfabético con la mirada siempre fija en la posibilidad de la explotación futura, de la referencia futura, de los pleitos futuros y de los contratos futuros. Esta época encontró su forma en un nuevo tipo de edificios de oficina: una especie de caja para archivar seres humanos, cuyos ocupantes pasaban sus días dedicados al cuidado circunspecto de los papeles; atentos a las operaciones de anotar, numerar, clasificar y archivar, con el fin de que las mercaderías así controladas pudieran venderse y reportar ganancias a los dueños ausentes de la corporación.

Una nueva trinidad dominó la escena metropolitana: la finanza, el seguro y el anuncio. Mediante esos agentes, la metrópoli extendió su ley sobre las regiones subordinadas,

tanto dentro de su propio territorio político, como en los dominios adyacentes: directa o indirectamente, desde esos lugares, fluye el tributo comercial a los grandes centros. La empresa económica, el poder político y la autoridad social, que antaño habfan estado divididas en toda la extensión del planeta, se concentraban ahora en las siete Romas. Para conseguir dinero era necesario ir a la metrópoli; para ejercer influencia se debía alcanzar una posición prominente financiera en la metrópoli. Aquí o allá, un lobo solitario, como Henry Ford, podía quedar temporalmente fuera del sistema. Pero ese aislamiento era en gran parte una ilusión: nótese cómo el mismo Ford, que antaño fabricó un vehículo adaptado a las necesidades populares y a la vida rural, finalmente sucumbió a la atracción del estilo metropolitano en el diseño exterior de su automóvil.

El monopolio del capitalismo, la finanza basada en el crédito y el prestigio pecuniario, son los tres lados de la pirámide metropolitana. Cualquier cosa que ocurra en la gran ciudad tiene, en última instancia, su origen en uno u otro de esos elementos. La metrópoli es el depósito natural del capital en esta fase económica; pues sus bancos, las oficinas de los corredores y sus bolsas, sirven como punto de concentración de las economías de la región circundante, y, en el caso de las capitales mundiales, como depósito del capital sobrante de las inversiones extranjeras. Los capitalistas que hacen inversiones y los industriales gravitan en la metrópoli: cuanto más se necesita capital a crédito, tanto más necesario es que el interesado esté cerca de los grandes bancos que pueden suministrarlo.

La concentración del poder financiero en bancos nacionales o seminacionales, como los bancos de Inglaterra y de Francia, o en las manos de banqueros privados, políticamente irresponsables, como las Casas de Rothschild y de Morgan, es un rasgo característico de este régimen. Tal como lo vió Balzac en la época en que comenzó este proceso de concentración, el banquero es la potencia suprema: directa o indirectamente maneja los marionetas que aparecen en la escena política, suministra fondos a los partidos políticos y su sanción es necesaria para el éxito de un mé-

todo político o de una invención industrial, así como su veto es fatal.

Pero las hipotecas sobre terrenos metropolitanos, cuyos valores están "asegurados" por el crecimiento y la prosperidad continua de la metrópoli, se convierten en un conglomerado de bancos y de compañías de seguros. A fin de proteger sus inversiones, esas instituciones deben combatir cualquier tentativa que tenga por objeto disminuir la congestión pues ello reduciría los valores basados en esa congestión. Nótese cómo el programa tendiente a reemplazar el slum y poblar zonas suburbanas planeado por la administración de Roosevelt en 1933 fracasó por el hecho de que la administración creó al mismo tiempo otra agencia, cuyo solo propósito era el de mantener intacta la estructura existente de las hipotecas y el nivel de los intereses, política esta que imposibilitó rebajar, según escala, la carga grotesca de los valores de las tierras urbanas y de las deudas urbanas.

En el orden medieval, la organización de las corporaciones y las sociedades de amigos hacía frente a los acontecimientos inevitables y a las inseguridades de la vida. En el régimen metropolitano, ciertas corporaciones financieras especiales, las compañías de seguros, llevan a cabo ese servicio. Los incendios, las inundaciones, las enfermedades, la invalidez, los accidentes y la muerte caen en una u otra forma en la órbita del seguro. Al hacer los cálculos para determinar la prima de los seguros se realizaron los primeros progresos en el dominio de la estadística sociológica; y en el gran esfuerzo hecho para mantener la salud e impedir las enfermedades, grandes organizaciones, como la Metropolitan Life Insurance Company, han logrado mejoras positivas en esos órdenes mediante la educación y la ayuda médica.

Desgraciadamente, dentro del esquema corriente metropolitano, el seguro constituye una tentativa para lograr la seguridad acumulando en un punto el número máximo de riesgos.

Al principio de su existencia la compañía de seguros puede ser solvente, pero a la larga se convierte en uno de los elementos que contribuyen a la bancarrota del régimen.

de la economía metropolitana; aquí también el millonario del nuevo régimen ocupa el lugar del príncipe absoluto.

Cuando se gana dinero durante dos o tres generaciones, la filantropía se convierte en un negocio de gran reputación. Así como unas doscientas corporaciones controlan, más o menos, la mitad del capital industrial en los Estados Unidos, un grupo relativamente pequeño de las clases financieras controla los órganos de la cultura en la metrópoli y en una buena parte de los territorios adyacentes. Cuando se quiere estimular nuevas formas de actividad en las artes y en las ciencias, los promotores inevitablemente se dirigen a los bolsillos bien repletos de la metrópoli, y aquí las más de las veces se materializa la nueva institución. De esta suerte una multitud de asociaciones de índole nacional e internacional tienen naturalmente sus cuarteles generales en Nueva York, Londres o París; las organizaciones caritativas, las instituciones religiosas y los institutos científicos y educativos. Aquí los vendedores y sus clientes se reúnen; aquí la competencia de la oferta aumenta la oportunidad de crear intereses que beneficien a la demanda. Una porción desproporcionada de poderío, de influencia y de riqueza le ha sido sustraída a la región interior, y a fin de volver a recuperar cualquiera de esas cosas el provincial debe dejar su hogar y luchar para ocupar un lugar en la metrópoli.

Existe otra circunstancia que propende a la aglomeración de la población. Víctor Branford sugirió que el crecimiento de las burocracias imperiales, determinado como resultado de la centralización política durante las guerras, era el agente característico que transformó la ciudad industrial o la obligó a entregar su poderío e influencia a la metrópoli. La guerra estimula la burocracia: en los Estados Unidos, la Guerra Civil y la primera guerra mundial; en Europa, las guerras napoleónicas, la guerra franco-prusiana, la guerra ruso-japonesa y también la guerra mundial. El hecho es que el imperialismo y las finanzas van de la mano, pues la explotación, ya externa o interna, requiere protección: la protección de la bandera o la protección de las fuerzas militares que marchan bajo la bandera. A medida que la población se acumula en gran-

des centros debe depender cada vez más de ciertos lugares distantes para obtener sus materias primas, comestibles y artículos: dilatar la base de suministros y proteger la "línea vital" que une la fuente de suministros a la boca voraz de la metrópoli imperial son las funciones del ejército y de la armada.

Mientras que la base agrícola del pueblo es el campo local y la base de la ciudad regional es la región local, la base de la metrópoli puede estar fuera de la unidad política de la cual es miembro. Mientras que domina esas fuentes distantes de artículos y esos mercados distantes, el crecimiento de la capital puede seguir indefinidamente. La población de Londres en un siglo aumentó de uno a seis millones de habitantes. Este crecimiento no tiene precedentes en la historia y se debió a un sistema universal de transportes y a un sistema universal de inversiones de capital y de intercambio entre los mercados que Londres contribuyó a crear y a unir.

Detrás de esas tendencias a centralizar el poder y a aglomerar la gente, existe otro hecho económico: el aumento de las rentas de los terrenos que sigue inevitablemente a ese crecimiento. En la metrópoli la renta de la tierra, que ha dejado de ser establecida por la costumbre, que ya no está estabilizada por la lentitud del cambio de costumbres, sube a saltos. Las parcelas cambian rápidamente de dueño y aumentan sucesivamente de valor hasta que "maduran" suficientemente a fin de permitir que el último dueño aproveche su valor máximo justo antes de que se comience a edificar. En el régimen capitalista, el alza del valor de la tierra, determinada por la congestión, es en sí mismo un motivo y un justificativo suficiente de todo el proceso.

No vaya a creerse que este aumento de los valores sea casual. Por el contrario, se hicieron grandes esfuerzos para lograrlo, Cobbett, en su época, se quejaba del efecto del sistema de consolidación que estimulaba el exceso de edificación en Londres: la concentración de arrendatarios en la capital era un factor poderoso de su expansión. Mas existen otros medios de conseguir este fin: los sistemas de ferrocarril están deliberadamente planeados para obligar a los pasajeros y a los artículos a pasar por la metrópoli antes de ir a otra parte, y cada gran

capital, lo mismo que una araña en su tela, está en la red de transportes que ha tejido. Además, tal como lo ha señalado Thompson, el valor de las estructuras no se basa en el valor de la mano de obra, sino que los gastos están arbitrariamente establecidos como para dar un subsidio a las grandes ciudades a expensas de las ciudades rivales que quizá están mejor situadas, aun cuando el costo de transporte en las grandes ciudades, en razón de la congestión que existe en ellas, es desproporcionadamente alto.

En sí misma, la ciudad se convierte en el símbolo de prestigio para toda la civilización. La vida en todas las regiones subordinadas es sacrificada a sus templos del placer y torres de la aspiración pecuniaria, lo mismo que la vida en el valle del Nilo se sacrificaba al culto teocrático de los constructores de tumbas. Basta con estos argumentos para deshacer el mito del economista ingenuo. Este supone que la metrópoli gigantesca es lo que es debido simplemente a sus beneficios económicos tangibles o a la superioridad natural de su situación geográfica.

### 3. GIGANTISMO SIN FORMA

Dense vueltas alrededor de Londres, Berlín, Nueva York o Chicago en un aeroplano, o véanse las ciudades en forma esquemática examinando un mapa urbano ¿Cuál es la forma de la ciudad y cómo se define a sí misma? A medida que el ojo se extiende hacia la nebulosa periferia no se puede encontrar forma definida, excepto aquella determinada por la naturaleza: un río o las orillas de un lago; lo que se percibe es más bien una masa sin forma, aquí hinchada o arrugada por los edificios, allá cortada por la mancha verde de una avenida arbolada o de un parque, o las formas separadas geométricas de un tanque de gas o de una serie de cobertizos para vehículos. El crecimiento de una gran ciudad es amiboideo: no logra dividir sus cromosomas sociales y formar nuevas células; la gran ciudad continúa creciendo, desbordando, rompiendo sus límites y aceptando su extensión y falta de forma como subproducto inevitable de su inmensidad física.

Aquí la ciudad ha absorbido pueblos y pequeñas ciudades reduciéndolas a nombres de barrios, como Manhattanville y Harlem en Nueva York; allí ha dejado los órganos del gobierno local y los vestigios de una vida independiente cívica como ocurre en Chelsea y en Kensington, en Londres; pero de todas maneras ha incorporado esas áreas urbanas en su organización física. En ese crecimiento devorador, el perímetro, durante la última generación, ha crecido más rápidamente que el centro: en los Estados Unidos dos veces más rápidamente que la metrópoli propiamente dicha, y casi seis veces más rápidamente que las partes no-metropolitanas de los Estados Unidos. Esos nuevos distritos metropolitanos, físicamente incoherentes y socialmente disparatados en el mejor de los casos, son sólo colecciones estadísticas. Aquí y allá, en la masa de edificios, es posible descubrir la frontera de una ciudad, pero la masa misma, en un sentido funcional, no es una ciudad, como tampoco es un área rural la región que la rodea.

Lo que era puramente una perspectiva visual en la ciudad barroca, en la metrópoli posterior se convierte en una perspectiva más pragmática de ganancias conseguidas mediante extensiones urbanas. En la extensión vertical de la ciudad prevalecen las mismas tendencias: el aumentar las alturas y las distancias urbanas tiene ahora un motivo financiero directo.

Algunas veces la falta de forma del agregado metropolitano resalta aún más debido a las manzanas irregulares y a las calles sin objeto, o como resultado del desorden de las estructuras superimpuestas en un patrón regular de calles. Esto puede verse en San Francisco, en Chicago, en Detroit y en Londres. Algunas veces se encuentran grandes zonas de crecimiento ordenado consecutivo, como ocurre en París, en Berlín, en Madrid y en Buenos Aires. Pero la diferencia entre un tipo de orden y otro es una diferencia de grado en la extensión, confusión y subconstrucción. A medida que uno se aleja del distrito central, el vasto crecimiento envolvente y sin objeto resulta abrumador. Ningún ojo humano puede abarcar esa masa metropolitana en un vistazo. Ningún punto de reunión, excepto la totalidad de sus calles, puede contener a todos sus ciudadanos. Ninguna mente humana puede comprender más que en forma fragmentaria las actividades com

plejas y especializadas de sus ciudadanos. Existe un nombre especial para el poder cuando se concentra en semejante escala: se llama impotencia.

#### 4. MEDIOS DE CONGESTION

Contrariamente a la creencia popular, el crecimiento de las grandes ciudades precedió a los progresos técnicos decisivos de los dos últimos siglos. Pero la fase metropolitana sólo llegó a ser universal cuando los medios técnicos empleados para lograr la congestión resultaron adecuados y su empleo provechoso. Empero, la metrópoli moderna es un ejemplo notable de un retardo cultural dentro del dominio de la técnica, a saber, la continuación, recurriendo al empleo de medios técnicos, de las formas y fines de la civilización paleotécnica. Las máquinas y los servicios comunales, municipales o del estado que podrían contribuir, dentro de un orden basado en la centralización de la vida, a iniciar el proceso de descentralización se convierte aquí en un medio ya para aumentar la congestión o permitir un ligero paliativo: siempre que se pague un precio por ello.

Los resultados técnicos más característicos de la gran ciudad son aquellos que estimulan la congestión; y el primero de ellos es la canalización del agua, que se acumula en grandes depósitos y se envía por un sistema de tuberías enormes desde el campo abierto al corazón de la ciudad. Con razón Nueva York se enorgullecía de estar más adelantada en este sentido que otras ciudades, pues el sistema de Croton, inaugurado en 1842, era a la vez una hermosa obra de ingeniería y un medio inteligente de combatir algunos de los peores efectos del hacinamiento urbano. La provisión de agua pura para beber inspeccionada por la municipalidad contribuyó a combatir con éxito las epidemias de fiebre tifoidea e impidió que aumentara el porcentaje de muertes en otros aspectos. Por lo tanto, la captación y purificación de grandes cantidades de agua se ha convertido en un factor importante de la estrategia municipal. En áreas muy pobladas o en áreas donde escasea el agua suelen estallar conflictos entre la metrópoli en proceso de expansión y

3 otras ciudades u otros estados; la lucha entre los estados de Arizona y de California cuando se trató de desviar un gran caudal de agua hacia Los Angeles tomó un carácter enconado; la vida misma de los granjeros de Arizona se vio amenazada por la expansión de la ciudad.

No sólo el agua corriente se convierte en una necesidad de la vida metropolitana: el cuarto de baño hace de nuevo su aparición. Esta mejora llega a la masa de los obreros, pero lentamente; la limpieza ha sido aceptada ahora como una parte del standard metropolitano de vida: el baño se convierte en un dispositivo permanente y la provisión de agua caliente y fría se generaliza. Ese nivel de higiene corpórea nunca habfa sido alcanzado antes, ni siquiera por las clases superiores, y el ritmo de su introducción fué indudablemente acelerado por la necesidad de anular los efectos desagradables o peligrosos de la vida metropolitana. A medida que la instalación del cuarto de baño requiere más artefactos, aumenta el costo de la construcción; esto determina una reducción cada vez mayor en el espacio destinado a los cuartos de la clase media, que es la primera en adoptar el baño como una necesidad. Es éste un proceso característico, un paliativo de los efectos de la congestión, una intensificación indirecta de la congestión misma.

El torrente de agua limpia el establo metropolitano. Empero, cuando se trata de ciudades expuestas a un ataque militar, el suministro de agua constituye uno de los puntos débiles de la metrópoli. No sólo debe mantenerse el agua libre de toda contaminación, sino que asimismo debe protegerse contra los bombardeos aéreos a los diques, a las estaciones de bombeo y a los viaductos. El agua más que nunca es lo que determina la residencia permanente en las ciudades, y dado que el crecimiento de las ciudades suprime los pozos y los arroyuelos, no existen substitutos descentralizados dignos de mención. Si el sistema en conjunto no funciona, la ciudad se derrumba. Si una fuerza enemiga desorganizara el suministro de agua de la metrópoli durante tres días, ello significaría una pérdida mucho más grande de vidas que el empleo de gases tóxicos en la forma más intensa posible.

El otro agente importante de congestión es el sistema de transportes. En las pri-

meras fases del crecimiento metropolitano éste se realizaba mediante el empleo de vehículos tirados por caballos; y dado que las principales áreas metropolitanas fueron trazadas antes de 1900, ello significa que todo el sistema de calles y de avenidas ha sido diseñado para el uso de carruajes y de carros. A medida que el tránsito aumenta, se introducen mejoras en las rutas, calles y caminos: primero, superficies de macadam; luego, el pavimento de madera, y, por fin, el asfalto. Para conservar limpias las calles es necesario mantener un servicio de limpieza público; eventualmente, en las ciudades del Norte también debe agregarse el costo de retirar la nieve a fin de asegurar el transporte regular de artículos y de comestibles.

Empero, el aumento de los medios de transporte no disminuye la congestión en las calles. Aun en los tiempos en que se empleaban vehículos tirados por caballos, ya se notaban inconvenientes serios en el tránsito durante la primera mitad del siglo XIX. Nueva York hizo un experimento cuando se inauguró un puente para peatones sobre Broadway.

Fue necesario ensanchar las avenidas, construir otras nuevas de aspecto imponente y de grandes proporciones, a fin de hacer los atajos y conexiones necesarias; algunas veces había que echar abajo grandes y sólidos edificios. La extensión de la Séptima Avenida y el ensanche de Varick Street, en Nueva York, costaron más de seis millones de dólares por milla; la Wacker Drive, en Chicago, costó veintidós millones de dólares por milla, y el doble puente de la avenida Michigan costó dieciséis millones de dólares por milla. Esos costos enormes implican un gran inconveniente para reconstruir la metrópoli.

Allí donde esas mejoras pueden ser financiadas, cuando menos en parte, por contribuciones e impuestos sobre las propiedades beneficiadas, generalmente se produce un aumento de los alquileres, los cuales, a su vez, determinan la valorización de la tierra. Resultado: usos más intensivos y con el tiempo la congestión así producida da lugar a una congestión mayor del tránsito que anula la mejora. Hasta ahora nadie ha sugerido un medio para proporcionar facilidades adicionales al transporte sin que éstas tengan ese efecto sobre los impuestos, sobre el

valor de la tierra y sobre los ocupantes. El peso de los impuestos puede desplazarse, pero subsiste la cantidad que éstos representan.

Lo que ocurre en el sistema de la calle tiene lugar también, de una manera aún más patente, en los sistemas de transportes mecánicos de los subterráneos y de los ferrocarriles elevados. Desde un punto de vista técnico, tanto el uno como el otro son igualmente el orgullo y la delicia de la metrópoli. Con el advenimiento de la tracción eléctrica, en la última década del siglo pasado, la congestión en gran escala se generalizó al multiplicar los rieles sobre la superficie de la ciudad y al hacer túneles y desmontes para el transporte debajo de la superficie. La arquitectura de las nuevas estaciones, el Metro de París, los hermosos edificios del profesor Grenander en Berlín, o los de Adams, Holden y Pearson, en Londres, constituyen algunas de las proezas arquitectónicas más notables de la metrópoli.

El resultado de todas esas tentativas asiduas para movilizar y dispersar mecánicamente, noche y día, a los habitantes de la metrópoli es evidente; todas ellas han intensificado el proceso de congestión. La diferencia entre el costo real del transporte y las tarifas pagadas - en Nueva York el costo es de tres centavos, en tanto que la tarifa es de cinco - constituye un subsidio público para el especulador en tierras. Aun cuando esos sistemas de transporte abren nuevas áreas en los alrededores de la ciudad, sólo logran intensificar el hacinamiento en el centro. Excepto en lo que atañe al Inner Circle Railway en Londres, puede decirse que en su mayoría las líneas metropolitanas subterráneas han sido construídas para aumentar gradualmente el número de pasajeros en el distrito central. Entre 1920 y 1930 dos millones de personas, en un solo día, llegaron a Manhattan desde los barrios y territorios vecinos, y gran parte de ese tránsito tenía lugar en el intervalo de una hora y media, por la mañana y por la noche.

Nótese el efecto de todos esos medios de transporte al cruzarse y entrecruzarse en la superficie, por encima y debajo de la ciudad: una ciudad enterrada de caños de agua, de

gas y de vapor, de cables eléctricos, de cloacas, de hilos telefónicos y grandes sótanos donde se produce el calor y la electricidad para los edificios que están encima; una ciudad de caminos subterráneos y túneles siniestros, en los cuales toda la población pasa una buena parte del día.

Esa ciudad subterránea, que crece gradualmente, se adapta a la red de calles en la superficie. Pero, debido a que en cada propiedad impera una ley individual, no se ha hecho ninguna tentativa para crear un sistema colectivo y un plan coherente que permita el doble crecimiento de la ciudad, en forma económica. Las tuberías, que podían haber quedado confinadas en los sótanos de los edificios, se prolongan en el territorio público ocupado por la calle; no sólo el costo de las conexiones exteriores es alto, sino que no puede hacerse reparación alguna en esos sistemas sin hacer excavaciones en la calle, con la consecuente interrupción del tránsito.

Aquí nos encontramos frente a una paradoja que impera en toda la civilización contemporánea metropolitana: la existencia de una organización colectiva racional de los medios físicos de la vida, sin los órganos necesarios de la asociación colectiva y del control social responsable. Como resultado observamos que, aun en términos de eficiencia puramente mecánica, el sistema es en extremo oneroso.

Además de esos factores públicos de congestión, las metrópolis del mundo occidental crearon una serie de factores privados: los transportes verticales mediante ascensores. Estos aparatos se usaron por primera vez en las antiguas fábricas de algodón de Manchester; uno de los primeros ascensores accionados por el vapor fue el que se instaló en la torre del Crystal Palace de Nueva York en 1853, y poco después de la guerra civil se empleó el primer ascensor en una casa de departamentos de Nueva York. El ejemplo fue adaptado rápidamente a los edificios de oficinas comerciales, llegó a constituir el dispositivo principal, junto con el edificio de almacén de acero, para aumentar la congestión. Hasta que en Nueva York, durante el año 1916, entraron en vigor las primeras ordenanzas respecto a la altura de los edificios: el propie

tario podía construir hasta el límite que le impusiera la seguridad de los cimientos y la superestructura. Ese patrón defectuoso se ha convertido en un símbolo de progreso material. Sin ninguna razón se han presentado proyectos para construir casas, en Rotterdam, en París, en Lyon y en Moscú, que son otras tantas copias de esas formas de congestión metropolitana. Aun en el caso de los espacios generosamente proporcionados en Drancy, esa construcción no tiene sentido y, desde el punto de vista financiero, es extravagante.

El empleo de esos métodos en el sistema dió como resultado el aumento de la congestión normal mediante la agregación de nuevos coágulos. Si tomamos como ejemplo el plano de la ciudad de Nueva York hecho en 1811, sobre la base de edificios de cuatro pisos, comprobamos que el ancho de las calles estaba en armonía con los edificios. En las zonas donde se construyeron edificios de dieciséis o más pisos, no había suficiente tierra para proporcionar un número suficiente de calles en las cuales se pudiera construir edificios de acuerdo con las dimensiones referidas. Afortunadamente, en lo que respecta a la circulación, el promedio de los pisos de los edificios en Nueva York, a pesar de los rascacielos, es menor que el de los de Berlín o París.

La creencia de que el transporte vertical neutraliza la congestión horizontal es una de esas racionalizaciones desesperadas que se usan como argumento para defender una causa perdida. No sólo intensifica el tránsito en las calles colindantes y en las líneas de transporte, sino que, asimismo, crea formas secundarias de congestión dentro del edificio durante los períodos de actividad máxima, por la mañana, a mediodía y por la noche, dando por resultado más demoras y estacionamientos.

##### 5. EL COSTO DE LA CONGESTION

No es posible negar los hechos de la congestión metropolitana. Los percibimos en forma abstracta en los mapas que indican la densidad de la población y en los que revelan la

intensidad del transporte; al mirarlos se siente el clamor y la confusión de las calles; los encontramos al ver que el movimiento de los vehículos y de las personas se detiene a cada momento; se siente uno físicamente oprimido por el hecho concreto de la congestión en el ascensor repleto de gente, de los grandes edificios, o en el tren subterráneo aun más repleto, donde se siente el olor de los cuerpos humanos en las tardes de verano. La congestión se manifiesta en la imposibilidad de ejecutar movimientos y en la reducción del espacio; falta de espacio en las oficinas, falta de espacio en los cuartos de la casa y la presencia de multitudes por todas partes. La forma que la metrópoli lleva a cabo es la forma hacinada: la procesión en el Boardwalk, en Coney Island, o la muchedumbre de espectadores frente al ring de boxeo o en el estadio de fútbol. No se puede salir de esos lugares sin hacer gala de habilidad y de paciencia. Hasta el automóvil, que originalmente encarnaba la promesa de la rapidez del movimiento y del dominio del espacio, ha visto su velocidad reducida, debido a la congestión, a la de un peatón jadeante. La confusión, la apretura y la congestión son los subproductos típicos de la aglomeración metropolitana. Aquellos que buscan más espacio en los suburbios sólo consiguen hacer más difícil la tarea de poderse evadir de la ciudad a los que quedan dentro de sus fronteras cada vez más dilatadas.

Considérese el costo de la congestión metropolitana. Descubriremos que ésta llega a un estado en que no podrá ser soportada desde el punto de vista financiero, aun cuando fuera humanamente tolerable.

Los límites puramente físicos de la congestión metropolitana están, en lo principal, establecidos por tres hechos: el suministro de agua, el punto en el cual una metrópoli se funde con otra metrópoli rival y, finalmente, el costo del transporte mecánico cuando los alrededores están demasiado distantes del centro. Pero mucho antes de haber resuelto los dos primeros puntos aparecen ciertas fallas muy serias.

Primero: la necesidad de agua. A medida que la metrópoli absorbe más habitantes necesita que se le suministre agua de lugares cada vez más apartados. Además del sistema Croton, la ciudad de Nueva York fué obligada a construir el sistema aún más grande de Catskills para explotar una fuente a más de cien millas de distancia. En menos de veinte años se hizo sentir la necesidad de captar el agua de otro lugar: la ciudad toma ahora las aguas del río Susquehanna, que, a su vez, reclaman los Estados de Pensilvania y Nueva Jersey. Cada milla adicional de túneles y de caños, cada depósito adicional, aumenta el costo de la unidad.

Cuando los miembros de la comisión del "Plan Regional de Nueva York" hicieron un estudio del sistema de aguas corrientes, descubrieron que el costo del agua, durante la década a partir de 1920, oscilaba entre 35 y 65 dólares por cabeza y por año. Si el ritmo del crecimiento que prevalecía entonces se mantenía, en 1965 el costo alcanzaría a 60 dólares por habitante; en otras palabras, una familia de cuatro personas, sobre una base de prorrateo, tendría que pagar 276 dólares por agua solamente. Esta suma casi equivale a la tercera parte de lo que pagan por el alquiler de sus viviendas urbanas. El aumento posterior del uso del agua para fines industriales, para el baño y para el acondicionamiento de aire intensificará esta necesidad y aumentará el costo. En verdad, el último juguete de la ingeniería metropolitana, el acondicionamiento de aire, requiere tanta agua que, si llegara a generalizarse, casi determinarfa la bancarrota de las finanzas municipales. Pero el costo de conservación por unidad sería demasiado elevado, y, en consecuencia, esa misma causa impedirá su colapso colectivo.

El costo de todos los sistemas necesarios de transporte en una gran ciudad es igualmente oneroso, pero no es posible calcularlo con exactitud. El capital inicial que es menester invertir, en particular cuando se trata de sistemas subterráneos, con sus túneles y excavaciones complicadas, es, desde luego, muy alto; más esto sólo constituye una parte del gasto total. Año tras año debe agregarse el costo del carbón consumido para transportar de un

lado a otro millones de cuerpos humanos vivientes; pero más importante que todo eso es el precio que debe pagarse en términos de vitalidad humana: el desgaste fisiológico, el aburrimiento el cansancio y la depresión psicológica determinada por las idas y venidas diarias entre el hogar y la oficina o el taller. Considérese el número de horas-hombre calculados en múltiplos de millón estúpidamente gastados en el transporte diario del cuerpo humano; minutos y horas que, en el momento intenso del tránsito, ni siquiera pueden ser atenuados por la anestesia relativa de la lectura del diario. Agréguese a esto la incomodidad del viaje, la exposición a enfermedades infecciosas en el tren lleno de gente, y la perturbación de las funciones gastrointestinales determinadas por la tensión y la ansiedad de tener que llegar a la oficina o a la fábrica a la hora exacta.

Emerson dijo que la vida era un asunto de pasar días felices; más también es un asunto de vivir minutos felices. ¿Qué es lo que podría compensar las molestias y la tensión nerviosa que deben soportar los trabajadores metropolitanos al pasar veinte, cuarenta o sesenta minutos todas las mañanas y las noches en esas tuberías humanas que son los túneles del ferrocarril subterráneo? Caminar una milla para llegar al lugar del trabajo es, en casi todas las estaciones, un tónico, particularmente para el trabajador sedentario que desempeña su parte en las industrias típicas metropolitanas: frente a la máquina de escribir, en la linotipo, o a la máquina de coser. En el subterráneo, aun más que el sistema de aguas corrientes y de cloacas, se hace patente una forma característica del desperdicio metropolitano, a saber: una gran cantidad de tiempo, de energía, de dinero y de vitalidad humana malgastada en una actividad que no tiene en sí misma valor alguno; una actividad cuyo objeto principal es mantener el prestigio de la multitud de la metrópoli y aumentar los valores pecuniarios acumulados por los propietarios y los financistas.

La descentralización organizada de la industria y la construcción de una serie -

de subcentros, dentro de lo que ahora es la región metropolitana, remediaría en gran parte el transporte de la metrópoli. Más no es posible llevar a cabo semejante empresa, pues si bien la congestión originalmente sirvió de pretexto para construir los subterráneos, éstos, a su vez, constituyen un pretexto para producir la congestión. Un administrador esclarecido, como el alcalde La Guardia, puede observar que realizaría mejoras más efectivas en una ciudad de un millón de habitantes que en otra de cinco millones; pero éste no es el consenso metropolitano. En efecto, la congestión se solidifica tomando la forma de una pirámide de precios: los alquileres e hipotecas de la tierra. Cualquier tentativa para reorganizar la metrópoli en líneas racionales pone en peligro la estabilidad de esa pirámide; significaría un colapso de los valores en el área central: la renuncia de sus pretensiones injustificadas de riqueza futura. Por esta razón casi todos los bancos, casi todas las compañías de seguros y casi todo propietario y, en última instancia, casi todo depositante en los bancos, están, como lo ha hecho notar F.L. Arkerman, interesados en la congestión. Toda la estructura actual de nuestros valores pecuniaros y de prestigio supone la continuación indefinida de ese patrón metropolitano.

Empero, todas esas esperanzas sólo son burbujas gigantescas. Durante el siglo pasado el costo de los dispositivos mecánicos necesarios para la existencia metropolitana congestionada fué subiendo gradualmente. Por lo tanto, a pesar de la riqueza fabulosa que se concentra en la metrópoli, la municipalidad está constantemente bajo la amenaza de tener que hacer frente a un gasto que no guarda proporción con sus entradas o con sus beneficios. No pudiendo abordar el problema de la planificación desde un punto de vista económico social, el único donde es posible establecer un control efectivo, la metrópoli recurre a paliativos mecánicos. El procedimiento de vivir gastando más de lo que se gana, esperando compensar la deuda que se va acumulando con el aumento sucesivo de la población en nuevas áreas susceptibles de pagar impuesto, es un proceso crónico de la metrópoli, un hábito imitado hasta por las peque-

ñas ciudades con pretensiones metropolitanas. En los Estados Unidos sólo alguna que otra ciudad como, por ejemplo, Milwaukee, ha logrado liberarse de esos standards financieros y mantenerse solvente sin acumular deficiencias sociales. En realidad, todo nuevo grupo de trabajadores mal pagados es una hipoteca municipal, una carga adicional sobre el presupuesto.

Finalmente encontramos aquí un nuevo motivo de congestión. Toda nueva mejora requiere un cuerpo especial de trabajadores para construirla y hacerla funcionar y, asimismo, un aumento sucesivo de otro cuerpo de trabajadores para suministrarles artículos, ayudar a los primeros. Así como la bola de nieve aumenta de volumen al deslizarse cuesta abajo, la metrópoli, llegada a cierto punto de concentración, tiende a acumular la población; en efecto, la existencia de un mercado próspero de consumidores atrae a la zona metropolitana otras industrias que desean aprovechar las ventajas del mercado concentrado, y una vez más se hace sentir la demanda de nuevos caminos para el tránsito, nuevos servicios municipales y nuevas viviendas. Cuando el costo elevado de estos servicios municipales no deja beneficio al hombre de empresa, la municipalidad asume la carga; podría llamarse a este mecanismo socialismo por falta de cumplimiento. Este cambio hacia la propiedad colectiva donde no pueden realizarse ganancias no mejora la situación, porque se gastan grandes sumas de dinero para mantener una organización física que debiera ser descentralizada, así como una estructura de valores que debiera ser desinflada.

Nótese esto: no sólo el costo de las mejoras mecánicas aumenta directamente con la importancia de la ciudad; igualmente sube el costo de los demás servicios municipales. ¿Cuál es el costo social del robo y otras formas de crímenes? En comparación con las ciudades de --- 250.000 habitantes, los casos de robo, en los centros de 10.000 personas, están en la proporción de 7 a 1; 189 personas están fichadas en la policía por cada 10.000 habitantes de los grandes centros, comparado con 94 en los centros pequeños. Esto significa más tribunales, más prisiones, más policía y más dispositivos costosos para mantener lo que con optimismo se llama la Ley y el orden.

Algunos de esos costos originados por la congestión deben ser pagados directamente por los ciudadanos, mientras que otros son solventados con el aumento de precio de los productos metropolitanos, y también con el de ciertos productos controlados por los grupos financieros de un centro importante. Pero una gran parte de la carga se paga en la forma de barrios domésticos "deteriorados" y menos oportunidades para vivir. Los habitantes más ricos de Nueva York pueden tener un pequeño jardín que envidiarán los ciudadanos pobres de muchas ciudades de campaña, en forma similar estos últimos, a menudo, tienen para la vista y el oído un ambiente estimulante que el dinero no puede comprar dentro de la ciudad próspera. Más tarde o más temprano será menester hacer frente a esos costos y a esos deterioros. Cuando ese éxito logrado a un precio tan alto se reduce a términos racionales, no queda en pie ningún argumento que justifique la congestión.

#### 6. LA ZONA "CARCOMIDA"

Debemos considerar el rápido desarrollo de la metrópoli desde una posición ideal en el tiempo y observar la transición que tiene lugar durante un siglo. Primero, los jardines en el fondo de las casas y los espacios libres desaparecen, dado que los terrenos son demasiado caros y, por lo tanto, es necesario edificar en ellos; luego las antiguas zonas de residencias, a medida que los habitantes originales son desplazados y reemplazados por elementos más numerosos de los estratos económicos inferiores, se convierten, como quien dice, en hormigueros; por fin, esos barrios hacinados, que sirven como zona de transición entre el centro comercial y las zonas residenciales mejores, llegan a constituirse, debido al desorden y a la miseria, en focos favorables a la enfermedad y al crimen. Véase a este propósito la investigación minuciosa llevada a cabo por los sociólogos de Chicago. Ahora bien: toda zona de la metrópoli tiene tendencia a convertirse en una zona de transición; y debido a la misma inestabilidad e incertidumbre en cuanto a sus usos futuros, cada zona tiende a pasar por un pe

rfodo en que no se hacen las reparaciones y renovaciones necesarias. Dado que la estabilidad de las costumbres y los valores significa, desde el punto de vista comercial, un estado apenas algo mejor que la muerte, no existen en el régimen económico motivos justificados para combatir las costumbres que determinan el deterioro y la inferioridad.

La actividad constructora presupone que la población debe continuar aumentando y que los valores deben subir hasta las nubes. Los hechos, sin embargo, demuestran que la población puede disminuir, que los valores pueden derrumbarse y que el "deterioro" puede ser permanente. Resalta esta contradicción cuando se observan las planificaciones que han sido populares en los Estados Unidos durante la última generación, planos inspirados en el de Nueva York hecho en 1916. No sólo adjudican esos planos a los negocios y a las actividades industriales una zona de cuatro a veinte veces mayor de la que podría necesitarse en una fecha futura, sino que generosamente prevén actividades más intensas cuando esas zonas sean requeridas por un número suficiente de propietarios, a pesar de que esas actividades desequilibrarían el patrón general que la ciudad debe racionalmente tratar de establecer.

Además, ninguno sugiere un plan practicable para hacer bajar el valor de la tierra, lo cual permitiría un cambio hacia atrás -de la oficina a la residencia o del distrito de departamentos al parque-, aunque es evidente que las adaptaciones sensatas a las nuevas necesidades deben tener en cuenta ambas probabilidades. La creencia popular es que los valores cambian sólo en una dirección: hacia arriba.

Pero a veces ocurre lo contrario. Los habitantes o los propietarios de edificios no pueden pagar los impuestos municipales; el servicio de limpieza de calles muestra cierta tendencia a pasar por alto los vecindarios más pobres, donde la necesidad de higiene pública es a menudo mayor, y aun los inspectores de incendios y los inspectores sanitarios se muestran remisos; las reparaciones que sería necesario hacer para mantener las propieda-

des "carcomidas" a la altura de los standards establecidos se llevarían las pocas ganancias que quedasen de la inversión original, y así, debido a la indiferencia, a la concusión o al soborno, los funcionarios de la ciudad permiten que este proceso de decadencia se acentúe. Los techos tienen goteras; los revoques se resquebrajan en los muros; los artefactos higiénicos se descomponen; se forman charcos de agua en los sótanos; los pequeños jardines que antaño servían como lugares de recreo desaparecen bajo las cenizas, los papeles, las cajas, los resortes de camas y los fragmentos de hierro viejo. Lo que antes fue una calle de buenas residencias - como, por ejemplo, Euclid Avenue, Cleveland, o partes de South Side en Chicago - se convierte en barrios bajos, casas de pensión y conventillos, generalmente hacinados y sucios. La última etapa es la despoblación: casas desiertas o en ruinas que no producen alquiler ni pueden pagar impuestos: una carga económica y cívica muy pesada.

La alternativa para esta forma de corrosión urbana progresiva es la standardización de la "carcoma". La diferencia que existe entre los distritos de casas de alquiler del barrio de Bronx, construidos de acuerdo con la nueva ley, los distritos cercanos de casas para una sola familia de Queens, las sórdidas calles de Brixton o de Clapham Junction, las casas de departamentos de Berlín, de Hamburgo y de París construidas antes de la primera guerra mundial y la carcoma producida ahora al ir transformándose las viejas construcciones, es la diferencia que se observa entre la prostitución oficialmente regulada, en distritos aislados, y la que se ejerce sin restricción alguna. Lo más que se consigue en las zonas de miseria regulada es cierto orden y cierto decoro exterior, pero el contenido es el mismo.

El hecho es que esas migraciones de población y esas alteraciones de las costumbres son consecuencias inevitables del desarrollo metropolitano bajo el sistema capitalista de la producción. Así, las condiciones pésimas que imperan cerca del centro de la metrópoli provocan el éxodo hacia las zonas adyacentes, que, por contraste, parecen barrios mejores de lo que en realidad son. Cuando éstas son invadidas por la carcoma, cuando los espacios -

abiertos que las rodean desaparecen debido a la aglomeración de la gente que han atraído, aquellos que pueden huyen una vez más de la zona enferma. Pero el elevado valor de la tierra arroja a las industrias pesadas, que necesitan más tierra para extenderse, hacia la periferia de la metrópoli; de esta manera la presión ejercida en el centro forma un nuevo círculo de carcoma; y las nuevas zonas edificadas tienen los defectos que se observan en las zonas centrales. Quizá en París y en Londres esas tendencias se hacen sentir menos que en Nueva York, Chicago y Filadelfia, pero son visibles, debido al cambio de la moda o la presión determinada por la competencia comercial, alrededor de la Place des Vosges o de Berkeley Square.

Muchos observadores de ciudades, así como administradores políticos, consideran la existencia de zonas carcomidas como un hecho accidental en el desarrollo de la ciudad moderna. Por el contrario, la congestión de la población en el centro y el esfuerzo para compensar la inestabilidad aumentando la densidad de la población, confieren a una gran parte de la construcción un carácter puramente transitorio; se da por sentado que la gente entrará y saldrá que los pequeños negocios se convertirán en zonas de residencia, que todas las calles de los barrios de residencias serán, en potencia cuando menos, arterias de tránsito y de comercio, y que las pequeñas tiendas podrán, en un punto que no puede predecirse en el espacio y en el tiempo, ser reemplazadas por una gran tienda o un edificio para oficinas. El plano de una zona de residencias, que sólo con gran dificultad y cambios completos podría convertirse en otra clase de zona, es algo que no tiene cabida en la mente del ingeniero municipal metropolitano. A este respecto, después de 1910 se instituyó un nuevo orden en Londres; en Amsterdam después de 1920, y en otras grandes ciudades en fechas posteriores; pero todavía no se ha convertido en un factor dominante; ni siquiera en Londres, donde la reconstrucción ha adquirido mayor impulso.

El área carcomida puede definirse como una zona incapaz de pagar los servicios municipales esenciales para su sostén y asimismo incapaz, en razón de su estatuto económico, de pagar los gastos que origina su propia renovación y reparación interna. Debido a la po-

breza, todos los barrios de las clases trabajadoras de las zonas periféricas están carcomidos. El costo de los dispositivos que los ponen en comunicación con el centro ha subido gradualmente sin que exista un aumento compensador en los ingresos o en los privilegios económicos de los habitantes, mientras que en el centro de la ciudad sólo la congestión intensiva podrá permitir "que se siga tirando".

#### 7. ACEPTACION DE LOS INCONVENIENTES

En la formación original urbana las instituciones centrales de la ciudad mantienen una relación directa con toda su población. Aun cuando hayan comenzado siendo barrios con distintas iglesias parroquiales y mercados subordinados, las distancias que separan unas de otras a las instituciones centrales pueden cubrirse a pie. A medida que la ciudad aumenta de tamaño, esas instituciones centrales ocupan un lugar relativamente menos importante en la vida activa de los ciudadanos (Al percatarse de este hecho, la Asamblea General de Massachusetts, en el siglo XVII, ordenó que nadie viviera a una distancia mayor de una milla de su comunidad, pues de lo contrario no cumpliría con sus obligaciones cívicas). En la metrópoli, las instituciones que originariamente servían a 100.000 personas, no pueden hacer frente a las necesidades de un número diez veces mayor. Aunque la ciudad sólo duplicara su tamaño, esos institutos fracasarían debido a la congestión interna.

Ahora bien, existe el hecho de que la expansión metropolitana siempre está retardada en lo que atañe a la construcción de las instituciones comunales de las secciones adyacentes; esto, de hecho, es uno de los rasgos típicos de las zonas sórdidas y carcomidas: la falta de cuidado por ausencia o por falta de uso. En esos barrios puede uno a veces recorrer media milla en cualquier dirección sin encontrar una escuela, una biblioteca pública, un campo de juego, un cinematógrafo o una iglesia; cuando uno de esos edificios existe, es una construcción provisional.

De hecho existe la tendencia opuesta: cada vez existen menos facilidades. En otras palabras, el Distrito Central es la única parte de la metrópoli que funciona con toda eficiencia y sólo funciona con respecto a las necesidades de una minoría de la población total.

Un estado de cosas de esa naturaleza puede satisfacer los intereses de ciertas minorías; por ejemplo, el aficionado a la música de la metrópoli colmará sus deseos de una manera que el provincial -regido por una economía metropolitana- rara vez podrá permitirse. Pero en lo que concierne a la difusión de los standards metropolitanos más altos entre todas las clases de la población, el resultado es una burla. El standard cultural es apenas más alto que el standard de la vivienda; está al nivel del slum.

Lo que se llama el "crecimiento" de la metrópoli es de hecho el reclutamiento constante de un proletariado capaz de acomodarse a un ambiente carente de recursos naturales o culturales adecuados; gente que puede vivir, sin aire puro, sin dormir bien, sin un pequeño jardín o lugar de recreo, sin ver el cielo o privados de luz, y que, en fin, puede vivir sin disfrutar de la libertad de sus movimientos ni de una sana vida sexual. Las así llamadas áreas carcomidas de la metrópoli son esencialmente zonas que pueden privarse de esos requisitos. Si el habitante de esas zonas desea contemplar alguna belleza urbana tiene que recorrer en ómnibus unas dos millas; si quiere entrar en contacto con la naturaleza deberá viajar, en un tren atestado de gente, hasta las afueras de la ciudad. Pero cuando no tiene los medios para salir, sucumbe; la inanición crónica produce la falta de apetito. Eventualmente, podrá vivir y morir sin darse cuenta de lo que está ocurriendo.

La misma regla -"el crecimiento mediante el agotamiento cívico"- puede aplicarse a los hospitales, a los campos de recreo, a las salas de conciertos y a las universidades. Estas instituciones a menudo se desarrollan de acuerdo con los standards que imperan en Megalópolis,

pero lo que es valioso para los organismos biológicos parece que también lo fuera para los cuerpos sociales: el crecimiento efectivo requiere la división celular y no simplemente la dilatación del núcleo original. La iglesia parroquial de un pueblo de quinientas almas puede contener cien personas y, apretadas, quizá doscientas. Una sala pública con capacidad para tres mil personas resultará adecuada para una ciudad de cincuenta mil habitantes, pero no es la que corresponde a una ciudad doce veces mayor. Sólo las calles pueden contener esas multitudes; y a diferencia de la ciudad medieval, la metrópoli es demasiado gigantesca para dar un sentido directo de la unidad a aquellos que se reúnen en las calles para celebrar un acontecimiento importante; nadie puede ver o saber lo que sucede en la ciudad sin escuchar la radio o consultar el diario.

Empero, más allá de un punto determinado, aun los dispositivos mecánicos deben ser limitados en cuanto a su tamaño. Con el uso de los altoparlantes no tiene razón de ser la presencia visible de un orador en un gran anfiteatro, pues casi todo el auditorio se encuentra demasiado lejos para observar su expresión o seguir sus gestos. Una de las razones que explican por qué los deportes pasivos, que ponen el énfasis sobre el espectador, ocupan un lugar tan importante en la rutina metropolitana, es que no queda otra alternativa que optar por los ejercicios vicarios o renunciar a ellos. Cuarenta y cinco mil personas pueden asistir a un partido de béisbol pero ni siquiera Chicago podría jactarse de proporcionar las dos mil quinientas canchas necesarias si cada uno de los espectadores reclamara el derecho de intervenir en el juego.

Cuando las instituciones están planeadas racionalmente para la conveniencia y para el uso funcional, el patrón metropolitano no basta. Para establecer una relación funcional, la unidad debe ser apreciada de acuerdo con la capacidad de trabajo: la reproducción más bien que el crecimiento es lo que se necesita, en tanto que el efecto del crecimiento unificado puede llevarse a cabo mediante la integración ordenada de las unidades separadas. Allí donde la expansión inorgánica de las facilidades mecánicas tiene lugar, ello da como resultado la deficiencia-

crónica . Las dimensiones del edificio o de la institución se convierten en una simple máscara de esa deficiencia. Cincuenta mil personas reunidas en un solo lugar pueden hacer menos cosas que veinticinco grupos de dos mil: su función principal se limita a estar allí y gritar Hurra! o Heil! en el momento oportuno. Por esto, los dictadores gustan de las multitudes y buscan grandes estadios y auditorios para ellas: cuanto más grande es la multitud, más desprovista de sentido es su función.

Así como los grandes logros financieros de la economía metropolitana están basados en parte sobre el monopolio de los territorios y de las materias primas, sobre la explotación del proletariado urbano cada vez más numeroso, sobre la transformación del granjero independiente en el granjero subordinado, de igual manera sus grandes obras en lo que respecta a crecimiento urbano se basan en la existencia., dentro de la ciudad, de zonas carcomidas o en las que impera un sub-standard: zonas que son suburbanas, no porque están cerca de la campaña, sino porque se hallan por debajo de las normas corrientes de la civilización.

Es precisamente el gigantismo de la metrópoli lo que determina el agotamiento de su contorno. La acumulación de dos o tres millones de habitantes dentro de una zona central relativamente pequeña debiera estimular el intercambio social; pero, excepto en los slums, donde la miseria obliga a una especie de vecindad, tanto para el hombre como para la mujer común, existe un ambiente más propicio a la acción colectiva en el pueblo que en la zona más congestionada. Una organización compleja no significa, necesariamente, la riqueza y la eficacia de la asociación: el principio mecánico de la eficiencia, que gobierna a la primera como en una fábrica bien articulada, puede resultar un obstáculo para la segunda. En la práctica, el intercambio y la asociación se desarrollan en forma espontánea precisamente allí donde la organización mecánica es defectuosa, por ejemplo, en la cola que hace la gente para esperar un ómnibus.

Más allá de cierto punto, la densidad constituye un obstáculo para la asociación; si la amistad requiere cierto grado de comunión aislada, lo mismo sucede con la vecindad. Tiene usted menos probabilidades de conocer a su vecino en una manzana habitada por mil personas que en otra sólo ocupada por cien; pues toda clase de asociación, aun en los grupos primarios, tiene un aspecto selectivo: se base en la existencia de caras conocidas y en las oportunidades susceptibles de repetirse. La distancia tiene un efecto similar a la densidad para deshacer la vida asociada.

Ni el teléfono ni la radio han disminuido la importancia de la aproximación espacial en lo que atañe a las formas primitivas de intercambio. Las gentes que viven en Oak Park y en South Side, en East Boston y Arlington, nominalmente son miembros del mismo complejo metropolitano, mas para los fines prácticos estas personas están separadas de una manera más efectiva que los habitantes de centros situados a una distancia tres veces mayor. Considérese la dificultad de mantener a los miembros de una asociación gremial, activamente ocupados en los asuntos de su unión, cuando, para atenderlos deben regresar de nuevo en la noche a la ciudad desde el suburbio donde viven, lo cual implica una pérdida considerable de tiempo y cansancio, o de lo contrario permanecer en el centro y pagar una comida que, por muy barata que sea, siempre resulta cara en el presupuesto del trabajador. No cabe pues, extrañarse de que la apatía vaya invadiendo al obrero o que la vida doméstica predomine sobre la vida ciudadana.

De todas maneras, en toda asociación metropolitana, ya se trate de un club social, de un museo, de una asociación gremial o de una asociación profesional, es notorio que un pequeño grupo trata de acaparar esas actividades. Ese pequeño grupo está generalmente compuesto por aquellos que, ya debido a ciertas ventajas topográficas o por las ventajas que les ofrecen ciertos medios especiales de transporte, pueden seguir trabajando en el centro sin incurrir en mayores sacrificios.

Es imposible enumerar aquí los casos de corrupción y de frustración de las funciones cívicas debido a la propagación física de la congestión y al trazado defectuoso de la ciudad; no obstante, cabe citar entre las fallas más importantes los hospitales ubicados en calles donde hay mucho polvo y ruido; las grandes escuelas alejadas del campo abierto o aun de los parques, que obligan a emplear el ómnibus para poner a los escolares en contacto con las criaturas vivientes y las plantas; la depresión del ánimo que se siente al viajar en un tren subterráneo hacinado después de haber escuchado un concierto sinfónico, y, por fin, la desmoralización del estudiante que debe viajar una hora y media todos los días en un subterráneo cuando va desde su hogar a su escuela.

El desgaste físico que implica vivir en esos barrios apretujados, las calles oscuras y el ruido producido por el tránsito de vehículos, son algunos de los resultados más evidentes del crecimiento metropolitano; muchos de esos inconvenientes proyectan su sombra sobre los prósperos y los ricos, así como sobre los miembros sumergidos del proletariado. Porque lo que la metrópoli da con una mano lo quita con la otra: uno sube a su árbol dorado con gran dificultad, pero si logra coger la fruta no puede disfrutarla por mucho tiempo; los habitantes más afortunados de la metrópoli, si quieren un ambiente sano, deben refugiarse en el campo, o cambiar las ventajas que les ofrece la metrópoli por las que les brinda la naturaleza en el estado de Florida, en Africa o en la Riviera.

#### 8. NUTILACION DE LA NATURALEZA

Mientras tanto, la aglomeración urbana destruye en forma similar el ambiente natural.

La naturaleza excepto en un parque-paisaje, rara vez se encuentra cerca de la metrópoli. Si existe, hay que mirar hacia arriba, a las nubes, al sol o a la luna cuando aparecen por encima de las torres de los grandes edificios. El fulgor de la iluminación por la noche hace desaparecer casi la mitad de las estrellas del firmamento; el sistema de desagüe convierte a los ríos en

cloacas, aleja los peces de carne más delicada e infecta a los bañistas con la fiebre tifoidea: durante la mayor parte del siglo XIX la fiebre tifoidea fue una enfermedad endémica de las grandes ciudades. Se contraía la epidemia al ingerir alimentos y mariscos o cuando se absorbían los bacilos tíficos al tomar agua.

Si la metrópoli trata de anular esos perjuicios, sólo puede hacerlo con un gran desembolso. Las estaciones donde se filtra y se hace la cloración del agua, donde se reducen y se convierten en fertilizadores los residuos de las cloacas, representan nuevos rubros de gastos en el presupuesto. Si alguna belleza de la naturaleza llega a conservarse en un parque, como el Bear Mountain Park, fuera de Nueva York sólo será a una distancia tal que son necesarias dos o tres horas para llegar a ella desde el centro de la ciudad. Y cuando llegamos allí topamos con una multitud ansiosa de escapar de la metrópoli, la cual ha creado por su presencia misma otra metrópoli, algo así como un slum salvaje.

En verdad, los únicos campos de recreo metropolitanos convenientes son aquellos que aceptan el hecho del hacinamiento y le dan una forma apropiada: Wannseebad en Berlín, o Jones Beach en Long Island: una orilla extensa con un vasto cielo, bien organizada, donde actúa una policía eficiente, con miles de automóviles correctamente alineados, pabellones gigantes y miles de bañistas al sol y que se contemplan mutuamente. Un gran espectáculo de las masas, quizá lo que más se acerca a la vida auténtica, a la vida estéticamente intensificada y ordenada que puede ofrecer la metrópoli.

A medida que el pavimento se extiende, la naturaleza retrocede; la rutina se divorcia en forma cada vez más acentuada del suelo, de la presencia visible de la vida, del crecimiento y de la decadencia, del nacimiento y de la muerte; los mataderos y el cementerio se encuentran a una distancia remota y sus procesos permanecen ocultos. La bienvenida a la vida, la cele-

bración trágica de la muerte, sólo perduran como manifestaciones anticuadas en las iglesias sobrevivientes. El ritmo de las estaciones desaparece, o, más bien dicho, ya no está asociado a los sucesos naturales. En este ambiente metropolitano crecen millones de personas que sólo conocen el contorno formado por las calles de la ciudad; gente para la cual la magia de la vida está representada, no por los milagros del nacimiento y del crecimiento, sino por el hecho de colocar una moneda en una máquina y extraer de ella un caramelo. El divorcio de la naturaleza implica peligros fisiológicos graves que las mayores provisiones médicas difícilmente pueden rectificar. A pesar de todas las investigaciones médicas proclamadas con gran pompa, a pesar de todos sus verdaderos triunfos al disminuir el porcentaje de las enfermedades y prolongar la vida, la ciudad debe inclinarse ante la campaña en lo que atañe a los requisitos esenciales de la salud; puede decirse que en todo el mundo las probabilidades de vida son mayores en esta última región y que el efecto de las enfermedades que destruyen el organismo es menor.

¿Pero cómo encontrar la campaña? El "agotamiento" causado por la metrópoli no se detiene en sus límites legales, sino que la carcoma urbana produce la carcoma rural. Desde 1910, o más o menos desde esa fecha, los caminos para automóviles se han extendido desde todas las metrópolis y han formado una red muy tupida; en esos caminos se extiende el ambiente de la metrópoli: el camino pavimentado, las estaciones de servicio de automóviles, el slum al borde del camino, las casas situadas a lo largo de la carretera y el cabaret. Cuanto más lejos y más rápidamente se viaja, tanto más se asemeja la vida que uno encuentra a la que se ha dejado atrás. La misma uniformidad de la fealdad, los mismos sustitutos mecánicos, la misma indiferencia hacia la naturaleza, los mismos placeres que dependen del celuloide y del ruido del altoparlante. Una hilera de bungalows en el campo abierto, a lo largo de un camino de automóviles, es un hecho metropolitano, asimismo lo son los pequeños grupos de casuchas de fin de semana al borde de un arroyo, de un lago o del océano. Su densidad y concentración pueden no ser mayores que las del pueblo rural, pero sus modos de vida, sus diversiones, su marco de referencia social, son enteramente metropolitanos; ni

mucho mejores ni peores que la metrópoli, a pesar de estar a cincuenta millas de su centro.

Bajo este régimen, todo ambiente tiene los mismos matices; el cuadro de la vida que nos presenta es el reflejo de los diarios, de las revistas, de las películas cinematográficas y de la radio. Dado que dependen de los mercados metropolitanos para su moneda corriente, las regiones destinadas a las granjas en los alrededores, los centros mineros y las áreas industriales están todas bajo la égida de los intereses metropolitanos. Lo que no es metropolitano, o bien es el legado de la naturaleza, a menudo echada en olvido o en decadencia, o una reliquia del pasado histórico cuando la comunidad vivía una vida autónoma y autóctona. En las regiones rurales y en las ciudades provinciales también se toma la leche desnatada metropolitana, pues la crema ha sido mecánicamente separada en beneficio de la gran ciudad. La ciudad provincial tiene ahora que hacer frente a la pobreza o, cuando menos, a una falta de dinero; es decir, que debe renunciar a los placeres de la metrópoli y al residuo de las sociedades filantrópicas, de los trusts y de los legados que le permiten a la gran ciudad tener hospitales, bibliotecas e instalaciones de enseñanza.

En verdad, los habitantes de esas zonas rurales son enseñados a despreciar su historia local, a no emplear su idioma local y sus acentos regionales a fin de adquirir el lenguaje sin colorido del periodismo metropolitano; su cocina rural refleja los subterfugios gastronómicos de las revistas que lee la mujer suburbana; sus cantos y sus bailes, si es que sobreviven, sufren alteraciones; en el mejor de los casos los cantantes y bailarines locales pueden dar un recital en un cabaret metropolitano o en una radioemisora, pero sus cantos y sus bailes sólo gozan de una vida efímera porque al reproducirlos en todas partes del mundo se desvirtúan. La moral de este régimen metropolitano es que no se vive verdaderamente a menos que se viva en la metrópoli o se copien fielmente, abyectamente, sus maneras de ser. Maneras de ser dispendiosas; maneras de ser que pueden ser convertidas en ganancias monetarias para aquellos que tienen intereses importantes en el régimen y que viven a la luz de su vana gloria. Esta moral, implantada mediante la educación, ha

sido llevada a los hogares por los anuncios y se ha extendido mediante la propaganda: la vida significa vida metropolitana. No sólo se intensifica el éxodo hacia la ciudad, sino que se asegura el dominio sobre la campaña que la circunda; como quien dice, la misma mano escribe los cantos y establece los términos de la hipoteca.

En resumen: el deber del hombre consiste en despremiar su pasado regional y comprar, estremecido de admiración, las flores de papel fabricadas en la metrópoli. Aun cuando el radio físico de la metrópoli pueda ser de veinte o treinta millas solamente, su radio efectivo es mucho mayor: la carcoma es llevada por el aire lo mismo que los esporos del moho. El resultado es un mundo cuya inmensa variedad potencial, revelada por primera vez al hombre durante el siglo XIX, ha sido sacrificada a una uniformidad metropolitana de un nivel inferior. Un mundo sin raíces, arrancado de las fuentes de la vida, un mundo plutónico, donde las formas vivientes se convierten en sólido-metal: ciudades que se extienden sin razón alguna, y que de esta suerte cortan el alma de su existencia regional y profanan su propio nido; ciudades donde se trata de hacer más ganancias en el papel y más sustitutos artificiales para la vida. Bajo este régimen un poder cada vez mayor se acumula en un número menor de personas cada vez más alejadas de la realidad.

#### 9. LA IMPORTANCIA DEL PAPEL

Cuando se examina el estado de la metrópoli es fácil descubrir una alucinación curiosa: la noción de que su tamaño, poderío, equipo mecánico y riqueza han logrado mejorar en forma correspondiente la vida de sus habitantes. ¿Cuál es el mecanismo de este error? Lo encontraremos en el seudo ambiente del papel.

Para creer que la civilización ha culminado en la metrópoli moderna hay que apartar la mirada de los hechos concretos de la rutina metropolitana. Y esto es precisamente lo que las escuelas metropolitanas hacen: el hombre de las grandes ciudades no vive en un mundo real, sino en -

un mundo de sombras proyectado a su alrededor mediante el papel y el celuloide; un mundo aislado de las mortificaciones de la vida por el vidrio, el caucho y el celofán. Cuando el hombre metropolitano vive más intensamente, vive gracias al papel. Samuel Butler nos ha hecho la caricatura clásica de esa tendencia cuando llevó a su protagonista Alfredo, típico producto de la metrópoli, a un elevado pico de los Alpes para mostrarle el imponente paisaje. Alfredo paseó por la escena una mirada cansada y dijo: "Y ahora, si usted no tiene inconveniente, señor, me gustaría tenderme en el pasto y leer el "Tit-Bits".

El crujido del papel es el sonido básico de la metrópoli, más importante para el contenido interno de su existencia que el rumor producido por sus máquinas. Lo visible y real en este mundo es lo que ha sido transferido al papel. La charla esencial de la metrópoli ya no es la de la gente que se encuentra en las esquinas, en la mesa y en la plaza del mercado algunas personas que escriben en los diarios, otras más que propalan noticias, anuncios o conferencias por radio, suministran la interpretación diaria de los movimientos y de los sucesos. El principio de la propaganda intensificada y de la dictadura irresponsable ha dejado su marca en las actividades populares intelectuales de la metrópoli, en sus evaluaciones no menos que en sus deliberadas supresiones. Casi podría decirse que es el principio que mueve tanto al propietario de un diario sensacionalista como al ministro de Propaganda en un gabinete de guerra o en una dictadura fascista. Y los hombres de gobierno, ¿no tomaron acaso de los anuncios comerciales el principio de que no se discutan los méritos de sus acciones, sino que se afirme con insistente insolencia lo que desean que el pública crea?

Todas las actividades principales de la metrópoli están directamente relacionadas con el papel, y las industrias de imprimir y de embalar se cuentan entre las más importantes. Las actividades de las oficinas de la metrópoli están directamente relacionadas con el papel; las máquinas tabuladoras, los diarios, los libros comerciales, los ficheros, los contratos y las hipotecas;

y, asimismo, el prospecto, el anuncio, la revista y el diario. Ya en el siglo XVIII Mercier observó esta forma metropolitana de la Plaga Blanca. Los métodos modernos para combatirla no han disminuído la gravedad de la enfermedad, sólo han conseguido cambiar los métodos sencillos y primitivos que a menudo resultaban satisfactorios, reemplazándolos por formas en las que se emplea la documentación exacta y que desde el punto de vista económico no guardan proporción con la importancia intrínseca del asunto documentado. Lo que era una simple gotera en los días de Mercier se ha convertido en un torrente devastador de papel.

A medida que el día avanza, la pila de papel alcanza mayor altura; los cestos para papeles se llenan y se vacían y se vuelven a llenar. La cinta de papel del aparato telegráfico registra las cotizaciones de las acciones y de los títulos; los estudiantes, en las escuelas y en las universidades, llenan cuadernos de notas, digieren y vomitan el contenido de los libros lo mismo que los gusanos de seda se alimentan de hojas de morera y fabrican sus capullos. Los edificios suben constantemente, a menudo sin tener en cuenta las ganancias, a fin de proporcionar un pretexto para la capitalización y las rentas en el papel. En el teatro, en la literatura, en la música y en los negocios, las reputaciones se hacen en el papel. El estudiante, con sus grados y sus publicaciones; la actriz, con sus recortes de diario, y el financista, con sus acciones, miden su poderío e importancia por la cantidad de papel que pueden dominar. No cabe, pues, extrañarse de que los anarquistas hayan inventado la frase amarga: "Quémense los documentos!", pues esto arruinaría ese mundo más rápidamente que una inundación o un terremoto de proporciones universales.

El suceso que figura en los diarios, el drama en la pantalla cinematográfica, el discurso del locutor de radio: esto es el "ojo del mundo", la "voz de la experiencia" y la "marcha del tiempo". Las palabras y las acciones de los hombres sufren una acción deformadora a fin de que tengan efecto en el papel, o bien, cuando se tiene en vista la finalidad histórica, se les da un relieve especial que se conserva en la fotografía o en el cinematógrafo. El pensamiento de que la

vida es una ocasión para vivir y no un pretexto para suministrar argumentos a los diarios o espectáculos para las multitudes u otra clase de espectadores, no se presenta a la mente metropolitana. Los ciudadanos de este mundo sólo se encuentran cómodos en la ciudad fantasma de papel; se conforman con vivir en un mundo donde impera el "conocimiento aproximado", como hubiera dicho William James, y cada día se alejan más de la disciplina saludable del conocimiento mutuo.

Esto explica la importancia de las estadísticas. Los acontecimientos principales que excitan la mente metropolitana son los de orden cuantitativo, los que establecen récords de una u otra manera. La competencia en la magnitud es la verdadera modalidad de la expansión metropolitana; un edificio de cuarenta pisos ipso facto se convierte en un edificio más importante que el de dos pisos, y de pareja manera una universidad que tiene diez mil estudiantes es más importante que la que sólo tiene mil. Si éstos no fueran axiomas en la mente metropolitana, podrían llegar a ser una presa para las dudas ocasionales respecto a su propia importancia. Recorrer una milla en un cuarto de segundo menos, estar encaramado en un mástil tres días más que un rival, graduar unos cuantos centenares más de bachilleres de arte por año, y construir un edificio con diez pisos más que el de otro competidor, son récords típicos metropolitanos, los cuales sólo tienen importancia en el papel. Los metropolitanos se mojan del cuento bíblico, muy sensato por cierto, del rey que insistía en contar su ejército.

Por lo tanto, este mundo metropolitano es un mundo donde la carne y la sangre tienen menos realidad que el papel, la tinta y el celuloide. Es un mundo donde las grandes masas humanas, incapacitadas para conocer modos satisfactorios de vida, adoptan una vida de prestado, ya como lectores, espectadores u observadores pasivos; un mundo en que la gente contempla siluetas de héroes y de heroínas para olvidar su miseria en el plano del amor; un mundo de seres que contemplan complacidos la matanza de sus semejantes a manos de hombres brutales en alguna crisis provocada por las huelgas o en un encuentro de boxeo o asalto militar, en tanto que les falta el carácter necesario para hacer frente a la tiranía ridícula de sus patrones; seres que victorean histéricamente la

bandera del propio estado político, y en cuyos barrios, sus uniones gremiales y sus iglesias no alcanzan a llevar a cabo los deberes más elementales de la ciudadanía.

Viviendo de esta suerte, un año tras otro, de prestado, lejos de la naturaleza del mundo exterior y no menos alejados de su propia naturaleza, cohibidos como amantes y como padres por la rutina de la metrópoli y el espectro constante de la inseguridad y de la muerte que se cierne sobre sus altas torres y calles sombrías, la masa de habitantes permanece en un estado que casi podría calificarse de patológico. Llegan a ser las víctimas de fantasmas, temores y obsesiones característicos de los tiempos primitivos. Allí donde la supermecanización rige a la producción económica y al intercambio social, reaparece en la metrópoli una superstición traicionera y una irracionalidad salvaje. Mas esas modalidades atávicas de conducta, aunque rápidamente racionalizadas por las seudofilosofías, no quedan en el papel, sino que necesitan una válvula de escape. El gangster sadista, el fascista bestial y el policía que no respeta la ley, rompen en forma volcánica la corteza de la vida metropolitana. Ponen a prueba el sueño de la ciudad con un orden aún más bajo de "realidad".

#### 10. EL PODER ADQUISITIVO DE UNA METROPOLI ENFERMA

El poder adquisitivo del hombre durante muchos milenios precarios le ha servido para mantenerse en lugar seguro. Allí donde las condiciones de la naturaleza eran duras, la restricción impuesta a los alimentos y a la producción imponía un límite natural a su tendencia a juntar y atesorar: la "tacañería" de la naturaleza implicaba seguridad. Sus costumbres eran tan inocentes como las de las abejas o las de las ardillas.

El capitalismo hizo una virtud especial de esta tendencia a almacenar alimentos y semillas: sólo que substituyó los artículos de vital importancia por el dinero, y lejos de guardar

las monedas, como el mfsero, las movilizó a fin de que se multiplicaran gracias a la "actividad ganancial". La compra y la venta dejaron de ser los agentes del consumo y adquirieron importancia como mecanismos de ganancia. El consumo, aparte de las necesidades inmediatas del cuerpo, se convirtió en el privilegio de los que dirigían el capital, de los que realizaban ganancias y estaban prontos para consumir con voracidad. En cuanto esas actitudes fueron reconocidas como respetables, cualquier esquema que propendiese a mantener las necesidades humanas en un estado estacionario o que estimulaba una vida sin necesidades -la predisposición de un San Francisco o de un Thoreau- implicaba un insulto a los nuevos dioses. Pues una vida sin necesidades significaba un sistema sin mercado productivo, mientras que la estabilidad en la inversión para realizar ganancias presuponia la creación de nuevas necesidades y la expansión continua del mercado.

La expansión del mercado ha llegado a ser uno de los atributos más característicos del régimen metropolitano; está implícita en el esquema de reemplazar las satisfacciones directas por las que llegan de reflejo y las experiencias vitales por los artículos que pueden comprarse. Durante el siglo XVIII los mercados públicos y las tiendas de productores de la ciudad medieval fueron convertidos en tiendas especializadas donde se trabajaba durante todo el día. Ya en aquella época en París, durante el reinado de Luis XV, un banquero llamado Kromm fundó un edificio de departamentos donde trabajaban doscientos o trescientos empleados. En 1844 se inauguró en París una tienda de departamentos. La Ville de France, cuyo personal estaba integrado por ciento cincuenta empleados.

Si la vitalidad de una institución pudiera calcularse por su arquitectura, la tienda de departamentos sería una de las instituciones más importantes del régimen metropolitano. Uno de los primeros grandes edificios que emplearon columnas de hierro en lugar de muros de mampostería, fué la tienda de A.T. Stewart, en Nueva York, en tanto que el diseño de Schinkel para una tienda de departamentos en Berlín en 1830, si bien nunca fué construída, distaba mucho de parecerse al

modelo tradicional de tienda de Wertheim, muy alabado por Messel. Finalmente, uno de los mejores edificios utilitarios de principios del siglo XX, que contenfa una variación radical en cuanto - al diseño, fué el edificio Schlesinger and Meyer (actualmente Carson, Pirie, and Scott) en Chicago.

Ahora bien, la tienda de departamentos es el paraíso del gastador. Desde mucho tiempo la venta de objetos de lujo, con artículos hechos sobre medida, quedó confinada a las pequeñas tiendas. Esta modalidad aún se conserva hoy en día en New Bond Street, en la Rue de la Paix y en Madison Avenue. Debajo de este nivel de gastos, la tienda de departamentos ha prosperado, pues - ofrece al comprador un número muy grande de artículos bajo un solo techo; diversifica las tentaciones para comprar y al mismo tiempo concentra la oportunidad; algunas veces añade a la rutina normal de gastar y de elegir la competencia de la venta en el mostrador. A medida que las industrias caseras desaparecían de las viviendas metropolitanas y se simplificaban, debido tanto a la reducción del espacio doméstico como a los procedimientos para economizar trabajo, las madres e hijas de la clase media necesitaron una nueva ocupación. La encontraron "yendo de compras" y mirando escaparates. La forma más notoria del recreo y del drama en una ciudad industrial está constituida por el gran número de gente que se reúne los sábados por la noche y recorre la calle principal. El símbolo último de su vida adquisitiva es el producto final del régimen metropolitano: el bazar de cinco y diez centavos, que permite a los pobres compartir la excitación típicamente burguesa que necesita la compra de artículos.

Cada manifestación práctica de una cultura tiende a modelar la mente, ya sea como - efecto de la institución económica misma o del complejo cultural que la creó. Toda una serie de paralelos semejantes existe en la vida espiritual de la metrópoli; se les puede aceptar, sin que ello implique aceptar una interpretación puramente materialista de la cultura. ¿Qué es la gran universidad metropolitana, sino una Megalópolis del saber, una gran cartel formado por la unificación -

financiera de una diversidad de fundaciones y de escuelas? Con su mescolanza de edificios, sus métodos mecánicos de intercambio, la producción en masa de sus estudiantes y la contaduría intelectual, la universidad hipertrofiada es la contrapartida exacta de la vida metropolitana. Las universidades de Chicago, de Berlín y de Londres han sido construídas durante los últimos cincuenta años a semejanza fiel de la ciudad que las rodea; la misma maestría técnica, el mismo énfasis agresivo en lo que atañe al equipo físico, el mismo desperdicio de substancia en la organización material, y, finalmente, la misma ignorancia de los valores culturales incorporados, no en cuanto a su expresión estadística, sino al modo de sentir, pensar y actuar.

En forma similar, la tienda de departamentos, como lo ha señalado Mr. Lee Simonson, tiene su contraparte exacta en el gran museo metropolitano. Desde ese punto de vista de la cultura y el conocimiento, estos centros son considerados como medios de adquisición y de exhibición. Desde un punto de vista histórico, lo que contienen esos museos de arte proviene del palacio y de la casa de campo; exhibiciones de robos que hacen resaltar compras extravagantes o la conquista militar en tierras extranjeras. (La forma del museo de historia natural es, en gran parte, la del cuarto de trofeos de la casa de campo donde el cazador exhibe pieles, cuernos y esqueletos). Con el tiempo, se desarrollan en esas instituciones auténticos intereses estéticos y científicos pero los directores de los museos se interesan más en la adquisición abstracta y en la exhibición honorable que en asuntos de verdad, gusto y valor. El tamaño físico sirve nuevamente de sustituto para la organización de esas instituciones, tal como ocurre en el mercado del trabajo: la expansión mecánica se confunde con el significado.

Indudablemente, el gran museo tiene una función racional, pero el interés popular que despierta es un subproducto del anhelo de realizar ganancias pecuniarias que se observa hasta en las provincias más remotas de esta cultura metropolitana pecuniaria. Al proteger y dirigir esos museos, la oligarquía metropolitana gobernante de financistas y funcionarios establece sus

derechos sobre la cultura; más aún, establece sus propias normas morales, intelectuales y estéticas como si éstas fueran las de la civilización, manteniendo y estabilizando de esta suerte el patrón de vida adquisitivo. Aun cuando se trate de la municipalidad, prevalecen los mismos hábitos: el valor del museo será medido por el número de ejemplares que contiene y el número de gente que lo visita. Considérese la instalación monstruosa del altar de Pérgamo, en Berlín: un triunfo de la vulgaridad.

Tanto los dueños de tiendas como el público de la metrópoli son expendedores de cultura. Su tendencia consiste en transformar las principales instituciones del conocimiento en grandes depósitos del arte y de la ciencia, donde todo está clasificado y rubricado, donde se ofrecen oportunidades tentadoras para invertir dinero y donde la compra y venta de artículos es más importante que la conveniencia del comprador. La perplejidad creciente del estudiante y del espectador, la esterilidad patente del gusto y del conocimiento que han adquirido, no atenúan la tendencia a la expansión. Desde el siglo XVIII, fuera del museo, ha sido establecido un sistema racional sistemático en el dominio de las ciencias. Mas no es posible notar ese orden fundamental en las colecciones mal organizadas de los grandes museos, que no guardan relación entre ellas; por el contrario, la impresión total es la del caos, atenuada por buenas intenciones y alguna que otra vez por un poco de orden. Ese caos refleja con toda exactitud no tanto el estado de la ciencia o de la investigación histórica como el del contenido desorganizado de la metrópoli misma.

No existe, probablemente, un solo museo metropolitano de arte o de historia natural en el mundo que no saliera beneficiado con su descentralización y completa reorganización, reduciendo, al mismo tiempo, cada una de sus unidades. No dudo que el museo sea un tipo valioso de empresa cultural; en el último capítulo de este libro esbozaré, a grandes rasgos, el lugar que le corresponde dentro de una auténtica economía cívica. Pero en la actualidad todos sus propósi-

tos válidos están corrompidos por el hecho de que sus standards son, francamente, los de la tienda de departamentos: la atracción de muchos artículos que no guardan relación entre sí reunidos - bajo un solo techo. Alrededor del museo, la gente rica propende a formar un museo de antigüedades porque para esas personas las rarezas tienen un valor monetario aparte del que puedan tener en otro sentido: una talla rara en madera no es menos valiosa que una estampilla de correos rara. Cuando la oferta de auténticos objetos antiguos escasea, hacen copias o se forjan reputaciones entre los artistas modernos para que reemplacen a los antiguos. Algunas veces se hacen falsificaciones perfectas que desconciertan a los expertos que las examinan, mas su valor depende no tanto de su mérito estético como de su autenticidad, si esta última no existe, el objeto no interesa. La adquisición pasiva de objetos es el signo del éxito metropolitano. La adquisición de conocimientos y de gustos sin tener experiencia directa, tal como la que posee el artista, el artesano, el tallista, el cazador y el científico es el signo de la adquisición cultural tal como está fomentada en gran parte por el museo metropolitano.

Aquí, lo mismo que en cualquier otra parte de la metrópoli, existe contra-iniciativas beneficiosas, tales como la magna tarea que implica la extensión de la escuela del Museo Americano de Historia Natural en Manhattan, así como otras tentativas para descentralizar y volver a reunir los recursos del museo en otras instituciones. Pero los principios fundamentales aún subsisten: la adquisición sin propósito alguno, la expansión sin descanso y la desorganización progresiva. Estos son los hechos dominantes y condenados a la bancarrota.

#### 11. RUTINA Y EXPANSION

Desde el punto de vista económico, puede describirse a la metrópoli como una incorporación urbana de la exposición internacional. Su rutina está subordinada a la exhibición y venta de productos. Pero la exposición tiene dos facetas: los negocios y el placer; y a medida

que los negocios, al ejercer una presión mayor en la administración del dinero, en la regularidad, en el mecanismo y en la disciplina matemática, toman una forma más abstracta, se hace sentir con mayor intensidad la expansión compensatoria. Los espectáculos conocidos que brinda la exposición - juglares, acróbatas, jugadores-, así como todas las formas de licencia sexual, dejan de ser esporádicas: se convierten en una parte de la rutina metropolitana. Puede describirse a la metrópoli como una Exposición Mundial permanente.

Aun en remotos días, las exposiciones o ferias llenaban, en cierto modo, las mismas funciones que las convenciones nacionales y los congresos de la actualidad; proporcionaban oportunidades para abrir un paréntesis en la observación estricta de las reglas familiares, reglas de las costumbres locales y de los modelos respetables. Carlos II, uno de los reyes más lascivos de Inglaterra, clausuró la antigua exposición de St. James, en Londres, porque creaba un ambiente obsceno. Y en Nijni Novgorod, a fines del siglo XIX, las prostitutas más pobres ejercían su oficio en público y anunciaban a gritos los placeres que vendían. En la metrópoli el exceso de hombres solteros contribuye a crear una serie de instituciones basadas en la explotación comercial de los intereses sexuales: lupanares, salas de baile, revistas teatrales, casas de citas y hoteles donde puede refugiarse la pareja casual.

Todos esos elementos de la exhibición son sistematizados, uniformados y comercializados. Todos los grados de la expansión, desde las carreras hasta la borrachera, desde el flirt hasta la orgía sexual, se llevan a cabo con miras a producir una ganancia máxima para el hombre emprendedor. Saturnalia cobra lo que el tránsito podrá soportar. La lujuria, que ya no es el estallido de los impulsos animales reprimidos durante los rigores del invierno, se convierte en una rutina metropolitana: mide sus estremecimientos y los hace pagar en contante y sonante. Y dado que el código público de la sociedad occidental no contempla esos estallidos compensatorios que vienen a ser algo así como vacaciones de la moral, se acentúa el carácter furtivo de

esas empresas, aun cuando estén oficialmente sancionadas. Por esta razón se crean vínculos con el mundo de los gangsters y de los criminales que introducen nuevos elementos de degradación en el juego y en el intercambio sexual; por este motivo se establecen relaciones entre las "clases respetables" y el mundo del hampa, por intermedio del placer, de la diversión y de la licencia sexual que tiende a socavar la moral del cuerpo político.

En lo que atañe a estas expansiones, la gran ciudad presenta las mismas ventajas - que antaño correspondían a las exposiciones internacionales: su magnitud misma la convierte en un lugar donde todo puede ocultarse. Dentro de sus calles sin fin, la metrópoli proporciona refugios contra los ojos curiosos; aquí el beodo que en otras partes constituye un espectáculo público puede refugiarse en un ambiente privado; aquí la liaison que ocasionaría el derrumbe de una familia provincial puede consumarse con un riesgo mínimo. Un hombre y una mujer corren menos peligro en un cuarto de un hotel metropolitano que por el hecho baladí de cenar juntos en el restaurante de una ciudad provincial.

En verdad, las ventajas que ofrece la metrópoli como lugar de ocultación - ventaja que los amantes ilícitos comparten con los transgresores violentos de la ley y de la convención constituyen una de las atracciones importantes para los visitantes que llegan de otras partes del país. Si uno tiene algo que ocultar, el lugar más adecuado es el que brinda un centro poblado por un millón de personas. El anonimato de la gran ciudad y su impersonalidad son un estímulo positivo para las acciones sociales o antisociales. De ahí que una forma de vigilancia profesional, llevada a cabo por una policía organizada, deba suplantar la vigilancia y la presión que ejercen los vecinos en la ciudad provincial: una ciudad de extranjeros carece de toda otra forma de freno estabilizador. La transformación de la guardia de la ciudad en policía profesional, que se llevó a cabo por primera vez en París en el siglo XVII, señala uno de los cambios importantes entre la economía de la ciudad y la economía metropolitana. Quizá por algo la palabra griega que

designa al policía significa "ciudadano".

El carácter asocial de la rutina metropolitana puede de hecho deducirse en parte del costo relativo del servicio de la policía en las ciudades grandes y en las pequeñas. En las ciudades americanas con un millón o más de habitantes, el costo de la policía alcanza a sesenta centavos de dólar por habitante por año; en las ciudades cuya población oscila entre trescientos y seiscientos mil, ese costo es de cuarenta centavos; en las ciudades que tienen de cien mil a trescientos mil habitantes, sólo es de veinte centavos, mientras que las ciudades que cuentan con treinta mil almas o menos sólo paga diez centavos. Indudablemente las ciudades más grandes tienen un servicio de policía mejor, pero lo necesitan. En los Estados Unidos, excepto en los casos de rapto o de asesinato, el número de casos policiales está en relación directa con la población de las ciudades: tanto más grande la población, tanto mayor el número de delitos.

Entre los placeres especializados de la metrópoli, aquéllos relacionados con la nutrición o sus sustitutos desempeñan una parte que no carece de importancia; el eretismo verbal, el estímulo originado por las comidas o las bebidas, desempeña una parte importante en la rutina metropolitana que antaño estaba reservada a las fiestas y conmemoraciones. Los restaurantes, los cafés y las confiterías deben necesariamente encontrarse por doquier y su comercio se intensifica por el hecho de que el hogar ya no proporciona una parte importante de esos estímulos. Hablar de la metrópoli en términos fastuosos es hablar del Hermitage, del Adlon, del Maxim, del Ritz y del Colony Club, lugares donde se exhiben las reputaciones construídas por la finanza, la ley o el teatro. Esos excesos de comida y de bebida van acompañados de cierta intensidad psicológica, pues la buena comida y la buena bebida son las justificaciones del día metropolitano; los buenos manjares y los buenos vinos provocan en el hombre metropolitano una euforia momentánea que oscurece el eventual desarreglo fisiológico. La encarnación del antiguo coleccionista y del gourmand está lograda magistralmente en la figura de Le Cousin Pons, que debemos a Balzac.

## 12. EL VENENO DE LA VITALIDAD FICTICIA

En formas sustitutas más baratas, las masas persiguen todas las actividades, y las disfrutan indirectamente, cuando menos en el cinematógrafo, los diarios ilustrados y los anuncios de modas. Pero las multitudes como tales tienen sus propias formas de diversiones colectivas: las luces que brillan en las avenidas, las que iluminan las fachadas de los teatros y los escaparates de los restaurantes y de los cabarets son para ellas, aun cuando no les sea permitido el acceso a esos centros; los millares de bulbos eléctricos coloreados de los anuncios comerciales son para ellas, tentándolas a beber este whisky, comprar este automóvil, o renovar su vitalidad endeble con "píldoras rosadas para personas pálidas".

Durante el día, la multitud tiene puntos de reunión especiales: el pasaje de un potentado por la ciudad; la recepción fastuosa a un general que ha redimido para la civilización un país bárbaro cuyos habitantes no pueden defenderse de los gases tóxicos, o el regreso de una muchacha que ha atravesado a nado el Canal de la Mancha. Y la multitud aclama a esas nulidades ambiciosas en la forma metropolitana apropiada: no con flores, tal como sucedió con Lindbergh cuando fué recibido en la ciudad de Méjico, que aún conservaba su carácter rural, sino vaciando sobre la cabeza del héroe ilustre los contenidos de los canastos para tirar papeles, o, cuando han agotado este material, arrojando cintas de papel higiénico, el signo último de la aprobación metropolitana: "bravo!"

La organización de estos espectáculos contribuye en gran medida a conservar el equilibrio metropolitano, tal como lo entienden, casi instintivamente, las clases que gobiernan la ciudad; esa organización implica, por así decir, la vulgarización del prestigio de los valores del monopolio. Sin esas exhibiciones las realidades amargas de la pobreza y de la impotencia serían casi intolerables para la masa de los metropolitanos; esos espectáculos contribuyen

a compensar el sentido inferior de masculinidad y de femineidad que se desarrolla bajo la presión de la mecanización, y asimismo contribuyen a anestesiar, debido a que las masas participan en ellos, el sentido de soledad que obsesiona al individuo atómico de la gran ciudad. (Véase la descripción magistral que ha hecho Jules Romáins de "Los Solitarios" en Los Hombres de Buena Voluntad.)

La metrópoli vuelve a cobrar vida en los grandes espectáculos para las masas: los matches de box y de lucha, ciertas proezas de resistencia como carreras en bicicleta y exhibiciones de baile que duran días enteros, y también los torneos de destreza campera realizados entre cow-boys, o las carreras de automóviles y de aeroplanos. Se necesitan alardes de fuerza, de habilidad y de audacia para estimular las necesidades básicas animales de la torpeza de las masas. Estas "proezas" suscitan, cuando menos, la forma más inferior de sociabilidad; la expansión básica de ese cuerpo amorfo metropolitano, las costumbres gregarias, lo que antaño se llamaba el instinto del rebaño, es de hecho la sociabilidad residual de la multitud metropolitana. El estadio, donde se reúnen las grandes multitudes para presenciar esos espectáculos, es, lo mismo que la fuerza de la policía, uno de los estigmas característicos del régimen metropolitano; aquí está, si es que existe en alguna parte, su drama esencial: la proeza espectacular y la muerte espectacular.

En la mayoría de esas exhibiciones se estimula un sentido invertido de la vida como consecuencia del miedo y de la proximidad de la muerte. La mutilación de las víctimas destinadas al sacrificio es uno de los momentos intensos del espectáculo, tal como ocurría antaño en los combates de gladiadores romanos o en los asesinatos exigidos por el ritual azteca. Sin la muerte o la amenaza de la muerte, el populacho siente que ha sido engañado; por eso es necesario reforzar la intensidad de los juegos menos peligrosos, tales como el béisbol o las carreras de caballos, con apuestas, a fin de alcanzar el grado de excitación que produce una competencia de cowboys o una carrera de automóviles. No sólo los que presencian esos morbosos espec

táculos sienten las emociones que producen, sino también aquellos lo suficientemente humanos como para aborrecerlos, pues la radio y el diario les darán todos los detalles de esas exhibiciones.

Empero, desde el punto de vista de los grupos explotadores existen pocas dudas respecto al valor de esos espectáculos; la tendencia consiste en hacer que el pueblo sea indiferente a los valores de la vida. Saciado con formas atenuadas de la brutalidad, el espectador exige satisfacciones sangrientas. Si los juegos no se las proporcionan se las arreglará para fabricar las ocasiones que den lugar a ellas; la burguesía suele deleitarse en el terrorismo, con el pretexto de restaurar la ley y el orden en un conflicto obrero: nótese con que rapidez se las arregla para convertir las luchas pacíficas por el poder en ocasiones para ejercer violencia. La mansedumbre de la rutina metropolitana tiene que tener sus estallidos compensadores de ferocidad.

Quizá la mejor interpretación psicológica de este régimen es la que nos ha dado John Ruskin en *Arrows of the Chace*; debo citarla enteramente, pues los años que han pasado no han hecho sino subrayar y dar más sentido a su análisis de la mente metropolitana:

"Qué pensamiento logrará comprender el contraste que existe entre esa vida (humana) y la que se vive en las calles donde el verano y el invierno sólo son alteraciones del calor y del frío; donde la nieve no es blanca ni la luz solar clara; donde el suelo sólo es un pavimento y el cielo un techo de vidrio o una arcada; donde el poder máximo de una tormenta sólo consigue llenar de agua las cunetas y la magia de la primavera convertir el barro en polvo; donde - y a quí está la diferencia principal y decisiva de estado - no existe otro interés u ocupación para cualquiera de los habitantes más que la rutina del escritorio o del mostrador cuando están en el interior de los edificios o el esfuerzo de pasarse los unos a los otros sin rozarse cuando -

salen afuera; de manera que desde la mañana hasta la noche, la única variación posible dentro de la monotonía de las horas y el único alivio a ese castigo que significa la existencia debe ser - alguna forma de daño, limitada, en la mayoría de los casos, a hacer caer un caballo o a rasgar - un bolsillo.

"Ya he dicho que bajo esas leyes de inanición el anhelo del corazón humano para - lograr cierta forma de excitación sólo podía tener un origen. Cualquiera que no fuera un filósofo - investigador podría haber pensado que el negar el alimento natural a los sentimientos humanos hubiera provocado un deseo reaccionario para obtenerlo y que, por lo tanto, el ambiente de las - calles sombrías sería iluminado por sueños de felicidad pastoral. La experiencia ha demostrado, - empero, que las cosas suceden de otra manera; el londinense integral no puede sentir otra clase de emoción que aquella a la cual está acostumbrado, pero en este caso la necesita continuamente, - ardientemente, hasta llegar a un grado de concentración que la torne virulenta; y la virtud máxi - ma de la ficción para divertirlo consiste en variar ante su imaginación y definir ante su falsa - sensibilidad los horrores de la muerte. En la novela Bleak House ocurren ocho muertes..... minu - ciosamente detalladas: una por asesinato, Mr. Tulkinghorn; una por inanición, debido a la tisis, Joe; una por disgusto, Richard; una por combustión espontánea, Mr. Krock; una por amargura, el - amante de Lady Dedlock; una por remordimiento, Lady Dedlock; una por insania, Miss Flite, y otra - por parálisis, Sir Leicester. Todas esas personas muertas, excepto una, son inofensivas, o, cuan - do menos, dentro de la estimación general, respetables; por el hecho de que todos esos seres sean - violentos, miserables o grotescos, tiende a demostrar la teoría moderna de que una gran parte de - nuestra población está destinada a morir como ratas, ya por haber caído en la trampa o por acción - del veneno".

Quizá esto nos proporcione un indicio de que el 'sadismo' de la imaginación es lo - que aún caracteriza a tantas novelas, al cinematógrafo, a los dramas y a las descripciones de -

asesinatos y violencia que aparecen en los diarios. Este sadismo ha contribuido a endurecer el mundo metropolitano; éste acepta sin protestar mayormente el uso de los gases tóxicos en las revueltas civiles o la masacre de ciudadanos indefensos en tiempos de guerra; es decir, el asesinato general totalitario.

Concretemos qué son esas diversiones: consisten en compensar la preocupación intolerable determinada por abstracciones aritméticas e instrumentos mecánicos, y el interés, casi tan abstracto, en el estómago y en los órganos sexuales, divorciados de sus relaciones orgánicas. Para contrarrestar el hastío y el sentimiento de soledad están los espectáculos para las masas. Para compensar la inferioridad biológica, una serie de juegos y exhibiciones colectivas, basados en la especialización estéril del cuerpo. En resumen, la metrópoli alberga formas de vitalidad negativa. La naturaleza y la naturaleza humana violadas en su ambiente, resurgen en formas destructivas: las drogas, los anodinos, los afrodisíacos, los hipnóticos y los sedativos son el acompañamiento necesario de este estado exacerbado: esfuerzos intensos para recuperar el equilibrio normal del cuerpo sano y de la mente sana: la salvación mediante la aspirina. James Joyce, en Ulysses, hizo la proyección de ese estado fantasmagórico: nos mostró la mente de Leopold Bloom vomitando los contenidos del diario y de los anuncios, viviendo en un infierno de deseos insatisfechos, de anhelos vagos, de ansiedades desfallecientes, de obligaciones mórbidas y de vacuidad melancólica; una mente disociada en una ciudad desintegrada; quizá la mente normal de la metrópoli del mundo.

No cabe extrañarse de que en esas condiciones aun las personas aparentemente sanas pierdan sus energías como las perdería aquel que cayera bajo las ruedas de una locomotora. La atracción ejercida por la muerte suplanta la atracción ejercida por la vida. Y así como la voluntad para vivir puede triunfar sobre todo, excepto los accidentes catastróficos o los desarreglos del organismo físico, en forma semejante la voluntad para morir puede consumir la

personalidad hasta que el cuerpo, a pesar de ser aparentemente sano, es invadido y finalmente consumido por la enfermedad.

¿Cabe, pues, maravillarse de que el doctor Sigmund Freud descubriese un deseo de muerte en la sede de la actividad humana? A este análisis no le faltan justificativos, siempre que uno recuerde que se trata de un fenómeno histórico, condicionado por el tiempo, por el lugar y por la cultura. El escenario es Megalópolis; en el caso de Freud es Viena; y la época es el período del colapso imperial y financiero en una estructura ya resquebrajada antes de la primera guerra mundial. En ese momento, el deseo de morir aparece como impulso colectivo: un esfuerzo para salvar la vida, recurriendo al suicidio, de las derrotas y de las indignidades intolerables que debería soportar. Por malo y siniestro que ese impulso sea, en términos de valores vitales incorporados a una cultura auténtica, es quizá un poco mejor que la extinción debida a la parálisis progresiva.

### 13. BREVE BOSQUEJO DEL INFIERNO

Exáminese el momento actual de la civilización occidental. Exáminese el estado económico de la metrópoli durante el último siglo y nótese cómo se han acumulado las dolencias y los achaques.

El principal problema económico del régimen metropolitano, aún considerándolo desde el punto de vista de sus propias premisas, consiste en atenuar su manifiesta tendencia a oscilar violentamente de la prosperidad a la bancarrota. Pero salir de este círculo económico manfacopresivo sin allanarse en un régimen económico estable que refrenaría la ulterior adquisición de riqueza por parte de la minoría, es cosa que lleva implícita una contradicción. En efecto, la metrópoli, por su naturaleza misma, está en un estado de desequilibrio permanente: su proletariado no tiene buenas viviendas, ni régimen alimenticio adecuado, ni oportunidades para mejorar su si

tuación, aun durante los períodos más prósperos. Por eso sus financistas y sus hombres de estado tratan de ampliar la base de la pirámide de los valores para impedir que ésta se venga abajo. Los fabricantes de automóviles americanos, que ya han inundado el país con su mercadería, hacen lo posible por venderla en Europa; las fábricas japonesas de algodón tratan de vender su producto en la India o en Africa; el capital sobrante, que no puede hacer inversiones en los mercados de su país o que ha sido atraído al extranjero por mayores beneficios, se expone a la acción de fuerzas que ya no puede controlar.

Esos nuevos centros de gravedad económica a menudo se apoyan en la base de otro estado o pueblo. Estallan conflictos, algunas veces entre distintos estados y otras dentro de la nación misma. Al ejercer un dominio sobre nuevas zonas para obtener materias primas, para conquistar nuevos mercados, para garantizar la seguridad de nuevas inversiones, para recoger tributos de inversiones azarosas o irregulares y para apoderarse del territorio de los pueblos débiles, todos los estados deben contribuir a la expansión de sus respectivos ejércitos y armadas. Una vez que se ha hecho la partición del territorio, los estados que se mostraron remisos para tomar parte en la arrebatiña miran con envidia a los que han realizado conquistas y piden su parte del botín, su porción de beneficios reales o ilusorios, y sus amenazas constituyen una nueva amenaza para este orden inestable.

Por lo tanto, lejos de mejorar la situación, la expansión imperialista solo complica el desorden: aumenta la inseguridad en sus propias zonas y deja escapar la vitalidad económica al concentrar la producción sobre los materiales de guerra y su equipo accesorio. A fin de mantener las fuerzas armadas en estado de poder agredir rápidamente, el proletariado debe ser explotado aún más a fondo, y hasta los ricos, a fin de conservar algo de su riqueza, deben entregar una parte de ella. La sensación de inseguridad así originada hace que tanto las clases ricas como las pobres no quieran desprenderse de sus economías; esto a su vez crea un estado de cosas -

desfavorables a las inversiones a plazo largo y a bajo interés, de las cuales dependen las mejoras introducidas en la producción y ciertos gastos, frutos de la previsión, tales como las mejoras en las viviendas municipales.

Mientras tanto, aumentan las tensiones de orden psicológico: los impulsos beligerantes piden expresión. El simple amor al país, a la tierra y al hogar, un amor que no necesita razones o justificaciones, es convertido por los apologistas oficiales del estado en el culto llevado hasta la demencia del "patriotismo": coercitiva unanimidad de grupo, apoyo ciego a los jefes del Estado, egoísmo nacional, deseos insensatos de cometer atrocidades colectivas en aras de la "gloria nacional".

Los edificios de la metrópoli imperial constituyen el fondo apropiado para las ceremonias guerreras y refuerzan sus pretensiones. Desde Washington a Tokio, desde Berlín a Roma, la arquitectura del imperialismo es un reflejo monótono de la mente burocrática-militar. Los edificios exhiben la extravagancia del arribista financiero, sin una nota de color: las fachadas monótonas con columnas interminables, la pesada armadura de piedra que los recubre, el énfasis fastuoso de su predecesor histórico, Roma, el aspecto solemne y sepulcral de sus oficinas y salas, marcan el fracaso en la eficiencia de la vida que caracteriza a este régimen. Por otra parte, los barrios de la burocracia están planeados con tan poca discreción que unas pocas bombas estratégicamente lanzadas desde el aire pueden paralizar los mecanismos principales de gobierno durante semanas. Excepto en lo que atañe a la construcción de bóvedas y cámaras subterráneas, este régimen de guerra no ha sabido hacer frente, en asuntos de planificación, de construcción o de trazado, a las exigencias más elementales de la protección contra la invasión armada.

Pero la creciente burocracia guerrera presenta un frente externo de poder: el poder que se expresa en las anchas avenidas, en las perspectivas sin fin de columnas inútiles y en enormes estadios aptos para ejercicios marciales y juegos. El elemento sentimental que falta com

pletamente en los estereotipos de la forma arquitectónica está proporcionado por las multitudes en la calle: los niños reunidos para cantar canciones nacionales jactanciosas, las multitudes que marchan en los desfiles o el populacho que se reúne en la plaza pública para mirar desde una distancia discreta al conductor del estado. Esta es la multitud, de pasiones ingenuas, exacerbadas por la propaganda, que transfiere a los dominios extranjeros el odio inconsciente que lleva dentro por las clases que lo explotan y que expresa del mismo modo el desprecio inconsciente que cada uno de sus miembros siente por el fracaso de su propio yo. Esos átomos pasivos son esenciales para el régimen metropolitano: bárbaros metropolitanos; un millón de cobardes en cuyas mentes vacías el conductor escribe: Valor. Un millón de individuos atontados y diseminados que los gobernantes miman, zamarrean y atemorizan reduciéndolos a un estado de unidad.

¿Qué viene después? Los conflictos externos se acumulan sobre las contradicciones internas. Desde el punto de vista psicológico se trata de un estado paranoico violento con ilusiones de grandeza que se apodera de las clases gobernantes. La alternativa es algo que se parece a la demencia precoz colectiva: la desconfianza, el odio, el aislamiento y el deseo de destruir - aparecen en sus formas externas. Esos estados psicológicos están deliberadamente favorecidos por un culto positivo de la irracionalidad: la desintegración intelectual se expresa en sistemas de antropología, sociología y filosofía fundados en el pensar como se desea, que desprecian las obligaciones más elementales para respetar el hecho o establecer nuevas verdades mediante la disciplina de la verificación objetiva. La inactividad de la desesperación alterna con los delirios nacionales de persecución, seguidos por tentativas para castigar a los perseguidores putativos. Recuérdese las expresiones de odio que se oían en la primera guerra mundial; el Hassgesang de los alemanes y la campaña de Ahórquese el Kaiser!, conducida por Lloyd George. Recuérdese el odio extravagante expresado por los fascistas italianos hacia las potencias "sancionistas", es decir, para la mayor parte del mundo civilizado. Esas manifestaciones indudablemente pertenecen al dominio de la psicopatología colectiva.

El imperialismo, al pretender conquistar los países salvajes y civilizar a los nativos de las zonas lejanas del planeta, en realidad contribuye a que el salvajismo se infiltre en la civilización. Así ocurrió en la era romana y así está sucediendo hoy: sólo que hoy las Romas se han multiplicado y la superficie de la tierra se ha dilatado. Un regimiento de niños de ocho años, que aprende los primeros ejercicios militares, representa un estado más inferior de salvajismo que el de los canibales más feroces. Aquellos que están adiestrando a los niños rechazan el derecho a la civilización y por lo tanto merecen más reproches que los que nunca han sido civilizados. Y con toda razón se ha dicho: no se les puede perdonar porque saben lo que hacen, así como saben lo que hacen cuando bombardean ciudades indefensas y torpedean barcos indefensos.

Esta barbarie sistemática se propaga como un cáncer por todo el tejido sano de la vida urbana; la capital de la guerra, a través de sus órganos doctrinarios, hace que todas sus provincias subordinadas tengan mente guerrera. El conflicto actual (1), cuando finalmente tenga lugar, será el estallido de una gran bolsa de pus formada por pretensiones vulgares y pretensiones de poder. Pero el período de intervalo, aunque algunas veces fantásticamente denominada de "paz", es asimismo un estado de guerra: la guerra pasiva de la propaganda guerrera, la doctrina de la guerra, el ensayo de la guerra: una maniobra preliminar para tomar posiciones.

La metrópoli, que es el foco de esos desplantes guerreros, representa en consecuencia, el asalto máximo a los procesos de la civilización. Obsérvese uno de los resultados concretos: la preparación periódica para la defensa contra un ataque aéreo: la materialización de una pesadilla hábilmente evocada.

Suenan las sirenas. Los niños de las escuelas, los obreros y las obreras de las fábricas, las dueñas de casa y los oficinistas se colocan sus máscaras contra los gases. Pasan aeroplanos y tienden una cortina de humo protector. Los sótanos se abren para recibir a los refu

(1) La primera edición del original inglés de esta obra apareció en 1938.

giados. Asimismo se abren las estaciones de la Cruz Roja para socorrer a los heridos e improvisar refugios; bóvedas subterráneas esperan el oro y los valores de los bancos; hombres enmascarados y revestidos de amianto tratan de recoger las bombas incendiarias caídas. Ahora los cañones antiaéreos disparan. El miedo vomita; el veneno se infiltra por los poros. El hecho de que el ataque sea real o imaginario no tiene mayor importancia, dado que produce efectos psicológicos similares. Evidentemente, han vuelto a introducirse en la existencia moderna urbana terrores más devastadores y desmoralizadores que todos los que se han conocido en la antigua jungla o en la cueva. Jadeante, sofocado, adulando y rofdo por el odio, el residente de Megalópolis muere por anticipado mil muertes. El miedo queda de esta suerte incorporado a la rutina; la ansiedad constante producida por la guerra determina una psicosis colectiva comparable a la que puede derivarse de la guerra activa. Olas de temor y de odio suben en la metrópoli y se propagan, por medio del diario y de la radio, a las provincias más distantes.

Aquí estamos frente a la contradicción final de la civilización metropolitana. La ciudad surgió como una forma especial de ambiente favorable a la asociación cooperativa, a la alimentación y a la educación, porque crea un ambiente protegido. Era una mejora colectiva que aseguraba el orden y la regularidad en el ir y venir de la gente, que aminoró los estragos caprichosos de la naturaleza y redujo, en gran parte, el peligro que implicaba la amenaza de los animales salvajes y la de las tribus feroces. El establecimiento permanente no sólo significaba continuidad, sino también seguridad. En la ciudad, lo mismo que en los pueblos agrícolas, las funciones domésticas y las acciones cooperativas prevalecían sobre los modos de vida destructores; de esta suerte el hombre se convirtió en el más grande de los animales domésticos.

La vida humana, la vida cívica, reduce los elementos que producen el miedo y sólo los reduce dentro de una medida prudencial para que éste actúe como agente defensivo frente a los infortunios de la existencia. Sólo en un ambiente doméstico conveniente, protegido contra el

desastre y las anticipaciones del desastre, pueden florecer durante mucho tiempo las actividades más nobles: el cuidado de las criaturas, la ternura para los ancianos, la cooperación entre los grupos y los intereses rivales, el pensamiento prolongado y sistemático dirigidos hacia la verdad, la libre expresión en las artes y el recreo creador, bajo la disciplina de normas humanas, en las artes de la vida, en resumen, un modo de vida donde las necesidades biológicas y sociales del hombre tienen un patrón de múltiples facetas.

La preparación constante para la guerra y el régimen metropolitano se oponen a esas funciones domésticas y cívicas, dado que subordinan la vida a la destrucción organizada y, por lo tanto, deben limitar, reducir y someter a un régimen toda manifestación de vida y de cultura auténticas. El resultado de este proceso es la parálisis de todas las actividades superiores de la sociedad: la verdad, cercenada o deformada para que se encuadre dentro de las necesidades de la propaganda; los órganos de cooperación, reducidos a un sistema reflejo de obediencia: el orden del sargento instructor y del burócrata. Un régimen de esa naturaleza puede llegar a alturas desconocidas en la coordinación y la disciplina externa. Y aquellos que lo soportan pueden convertirse en magníficos soldados y jugosa carne de cañón, pero por esa misma razón está en contradicción flagrante con toda manifestación valiosa de la vida.

Evidentemente, una civilización que remata en el culto de la barbarie se ha desintegrado como civilización; y la metrópoli guerrera, como expresión de esas instituciones, es un agente anticivilizador: una no-ciudad. Creer que ese proceso podrá seguir indefinidamente implica la ignorancia de los hechos sociales: la decadencia por último se manifiesta. En tanto que las actividades de edificar, de cooperar y de integrar nunca alcanzan a completarse, el proceso de no-construcción puede llevarse a cabo en unas cuantas generaciones. La cuestión de mayor importancia que debe resolver el mundo occidental en la actualidad consiste en establecer si la desintegración debe ser completa antes de empezar de nuevo.

#### 14. FENOMENOS DEL PERIODO FINAL

En tanto que la continuidad de la economía metropolitana se va doblegando bajo la acción de las fuerzas destructoras que acumula y deja en libertad, entran en juego una serie de condiciones de orden local que afectan directamente a la expansión metropolitana. Además de su vulnerabilidad desde el punto de vista militar, la metrópoli se debilita económicamente por el hecho mismo de su crecimiento, y al fin llega un momento en que no puede evadir o transferir la carga de sus propios gastos magnificados.

Mientras que el sistema económico funciona suavemente, la metrópoli puede ignorar el costo de la congestión, pero cuando las cosas comienzan a andar mal, cuando la bancarrota la alcanza, cuando la inflación desvaloriza las pretensiones de los acreedores metropolitanos sobre el resto del país, hasta el abastecimiento de alimentos puede peligrar. ¡Y qué pronto se vacían las oficinas ricamente ornamentadas de los edificios centrales! ¡Qué pronto resultan superfluos los restaurantes elegantes y los departamentos de quince cuartos! Hasta los museos pueden cerrar sus puertas cuando sus protectores, bajo la acción del pánico, retiran sus fondos. Permítase que la desorganización continúe de manera que la metrópoli no pueda tener bajo su control la fuerza necesaria de las armas y de la ley, así como tampoco la del consenso público, y que no logre proporcionar la cantidad mínima de artículos para mantener el intercambio de los productos del país. Entonces la metrópoli puede sufrir toda clase de penurias y morirse de hambre: el éxodo puede comenzar. Estas no son alarmas hipotéticas. La situación en la Europa Central y en la Rusia Soviética después de la primera guerra mundial planteó, ante las metrópolis cansadas y mal alimentadas, dificultades casi imposibles de resolver, mientras que en el campo, en muchas regiones, los campesinos estaban relativamente seguros y bien alimentados.

Aun sin que intervenga la desorganización inherente a la guerra pueden surgir circunstancias similares de proporciones casi catastróficas: considérese el estado de las grandes ciuda

des de los Estados Unidos entre 1930 y 1935. En el informe que presentó el National Resources Committee, en 1937, sobre "Nuestras Ciudades", hace esta observación pertinente: "La inseguridad del trabajador urbano, su falta de reservas y la impersonalidad y movilidad de la vida urbana se combinan para agudizar y extender los problemas de la indigencia en las ciudades más que en las zonas rurales... En 1935 una quinta parte de las personas capaces de trabajar, pero que reciben subsidios, se encontraban en las diez ciudades más grandes. Esta cantidad de desocupados estaba compuesta principalmente por trabajadores no especializados". Sin la movilización de fondos nacionales para proyectos de obras públicas y ayuda local, la desmoralización de las grandes metrópolis hubiera tenido consecuencias gravísimas.

Aparte de la hostilidad latente de la campaña explotada, que alimenta resentimientos contra la gran ciudad debido a los precios bajos que sus productos obtienen en el mercado y la tasa alta de intereses que debe pagar por sus empréstitos, existen elementos internos que fijan un límite al metropolitanismo. El costo de los negocios en la gran ciudad se magnifica debido al valor de la tierra, a las demoras en el transporte y a los gastos de almacenamiento: todos esos gastos aumentan con la congestión y eventualmente llegan a ser prohibitivos. Entre 1920 y 1930 se estimó que la congestión del tránsito en la ciudad de Nueva York, de acuerdo con el informe de la Russell Sage Survey, implicaba una pérdida de 500.000 dólares diarios, o sea 150.000.000 de dólares por año. Y la congestión sigue intensificándose.

En lo que atañe al recreo, existe un género diferente de ineficiencia: en lugar de un sobrante de equipo físico, existe una falta seria de espacio suficiente para jugar, lo cual aumenta el tributo de niños muertos por accidente o mutilados en las calles. Según estimaciones muy moderadas, debería destinarse a recreo, como mínimo, un espacio de 4.000 metros cuadrados por cada 300 personas: muchas ciudades pueden proporcionar un espacio mayor. En los Estados Unidos y en nuestra generación ciertas ciudades regionales como Kansas City (400.000 habitantes),

Portland, Estado de Oregón (300.000), e Indianápolis (360.000), cumplen ese requisito; pero en la ciudad de Nueva York, hasta hace poco, correspondía un espacio como el mencionado a 1234 habitantes.

Mientras tanto se van acumulando otros gastos, y otros quebrantos adquieren un carácter crónico. Por ejemplo, el sistema de transporte de pasajeros. Los subterráneos de las grandes ciudades pueden servir de refugio contra las bombas en las incursiones aéreas; pero en otro sentido son sobre todo obstáculos para la descentralización de la metrópoli, la cual reduciría los perjuicios causados por la congestión gracias a la construcción de sub-centros de la industria, de los negocios y de las residencias. A medida que las líneas se extienden los gastos aumentan: esto significa tarifas más caras para el trabajador o impuestos más altos para la ciudad.

Podemos, por lo tanto, elegir entre un colapso de las funciones debido a la negligencia o un colapso financiero debido al gasto creciente de los servicios adecuados y de las reparaciones. Ya he citado el aumento de gastos de los servicios de la policía en las ciudades más grandes. La misma relación subsiste en lo que atañe a los gastos municipales para mantener la salud pública: se gasta tres veces más por persona en las ciudades que tienen un millón de habitantes que en las ciudades de treinta a cincuenta mil, aunque estas últimas presentan estadísticas de vitalidad más favorables.

En resumen, puede decirse en forma definida que más allá de cierto punto, el cual varía con las condiciones regionales y la cultura, el crecimiento urbano se perjudica a sí mismo. Se gasta una parte demasiado grande del capital, y el ingreso anual de la ciudad debe invertirse en dispositivos para aumentar la congestión y aliviar mecánicamente sus peores resultados.

El actual esquema económico de la gran ciudad depende de las oportunidades que presente para hacer una inversión estable, ya sea pública o privada, pero que más tarde gradualmente adquiere un carácter especulativo, inestable e inseguro. El crecimiento de una ciudad de esa naturaleza significa un aumento de inseguridad, ya que asegurar ese crecimiento, suministrarle los sub

sidios necesarios, tratar de solidificar esa estructura anticuada, así como el esfuerzo requerido para mantener los valores financieros ligados a ella, implica crear un antagonismo que desafa la prudencia y el buen sentido. Los banqueros metropolitanos, que no saben ver sino sus intereses, pueden estimular esa locura antieconómica. ¿Acaso no lo hicieron en la década anterior a la crisis de 1930, que dió por tierra con los cálculos sobre la capacidad de la metrópoli para absorber nuevos rascacielos y hoteles? Ahora un optimismo similar respecto a la capacidad de la ciudad para absorber túneles, puentes, calles de dos pisos, ensanches de avenidas y sistemas de tránsito subterráneos, sería imperdonable. Ese proceso no puede continuar indefinidamente.

Existe quizá paralelos de todas estas fallas en muchas ciudades más pequeñas, pero la razón es evidente: ellas también funcionan ateniéndose a la normas de las finanzas metropolitanas e imitan los defectos más flagrantes de la metrópoli. Nótese, por ejemplo, el ferrocarril subterráneo de Cincinnati, casi terminado, pero jamás puesto en uso.

Estas conclusiones se basan sobre hechos concretos y están reforzadas por los datos estadísticos que figuran en un informe de diez volúmenes, el que presentó la Russell Sage Foundation cuando se trató de preparar el Plan Regional de Nueva York. La competencia de esta institución no puede ponerse en duda; y cabe hacer notar que el informe, ingenua y sinceramente, aceptó las premisas de la finanza metropolitana e intentó demostrar, poniendo en ello el mayor empeño, que, sobre cierta base, la aglomeración en la ciudad de Nueva York, que en 1930 tenía diez millones de habitantes, podría alcanzar de veinte a veintinueve millones en 1965. Lo que se aplica a Nueva York también se aplica, con las modificaciones pertinentes, a las demás metrópolis y submetrópolis. El fin de su expansión desmedida está cercano.

Pero el crecimiento metropolitano tiene un límite de carácter más inexorable que el costo cada vez más alto de las mejoras y la carga municipal de las áreas carcomidas. Me refiero a la interrupción de la afluencia de habitantes que llegan de otras partes. En casi todos los --

países, excepto en Rusia, se comprueba que decrece la natalidad. A pesar de las amenazas dictatoriales, a pesar de las recompensas especiales y donaciones a las familias numerosas, a pesar de las tentativas hechas para restringir el uso de dispositivos que impiden el embarazo, la tendencia se acentúa. Por lo tanto, la corriente humana que necesitaba imperiosamente acomodación urbana durante el siglo XIX ha gastado su fuerza original. En todo el mundo, si se mantiene este movimiento, la economía metropolitana deberá adaptarse a la realidad de una población y de un mercado relativamente estables, lo cual significa el fin de las ganancias financieras sin límites.

Este movimiento hacia la estabilización de los números puede, si es dirigido inteligentemente, producir grandes beneficios en el plano humano. Proporciona un paréntesis para efectuar la reorganización y permitirá que se planifique y se distribuya a la población de acuerdo con los recursos regionales. Pero cuanto más adecuado sea este ajuste, tanto menor será la parte que desempeñará la metrópoli en él, pues en las condiciones que imperan en la actualidad ninguna metrópoli grande reproduce su propia población mediante nacimientos: en verdad, en los Estados Unidos sólo tres ciudades de más de cien mil habitantes exhiben un índice reproductivo que sobrepasa la unidad. Este solo hecho reduce a la nada la noción de que el patrón de población metropolitana tiene carácter permanente, o de que podría, si fuera dominante, mantenerse durante un período considerable. Si la metrópoli no recibe una corriente de inmigración continua, su población debe disminuir. La norma biológica del crecimiento de la ciudad, esto es, el grado de concentración más allá del cual la comunidad no alcanza a reproducir enteramente la cuota de sus miembros, oscila entre veinticinco y cincuenta mil. A medida que desaparecen las diferencias económicas y culturales entre los ambientes rurales y urbanos se establece un límite más elevado en lo que se refiere a la magnitud de la ciudad biotécnica. Cuando ciudades de tal dimensión constituyan el elemento dominante del patrón urbano, ningún país necesitará utilizar sus zonas rurales como mero criadero humano.

Ningún elemento por separado basta para determinar un derrumbe inmediato del régimen metropolitano. Pero, en la actualidad, los gastos enormes, la desorganización económica y las tendencias retrógradas, no se perciben como sucesos aislados, sino que aparecen juntos y se refuerzan mutuamente, agudizados por una serie de catástrofes, a la vez inmanentes e inminentes, - que fácilmente pueden significar el fin de toda la civilización. La historia registra muchos derrumbes de esta naturaleza. Lo que hemos presenciado durante los últimos mil años es un ciclo - que las sociedades del pasado -inclusive la civilización china, que es la más estable de todas - no han conseguido evitar por completo. Examinemos este movimiento, pues puede proporcionarnos un indicio en lo que atañe a las posibilidades de llevar a cabo una vasta reconstrucción social y política que haga posible un resultado benigno en lugar de un desenlace catastrófico.

#### 15. EL CICLO DEL CRECIMIENTO Y DE LA DECADENCIA

Durante la última generación se han hecho múltiples tentativas para resumir el curso del desarrollo de la ciudad y correlacionarlo con el desarrollo y la decadencia de la civilización. Una de las interpretaciones más conocidas es la de Oswald Spengler en el libro eufemísticamente traducido con el título de La Decadencia de Occidente. En él el autor sigue el desarrollo de la comunidad desde la "cultura" hasta la "civilización": desde sus comienzos, como expresión viviente de un pueblo, que establece un intercambio armonioso con el suelo y está animada por un sentimiento común, hacia la vida, la tierra y el universo, aun cuando no formulado como visión filosófica hasta la fase final, la que él llama civilización, con su dura organización mecanizada de hombres, de artículos y de ideas, desprovista de raíces, de espíritu y, en última instancia, de vida y esperanza, concentrada en unas pocas capitales mundiales que ya no guardan relación alguna con la tierra y donde de las formas maleables de la cultura se han convertido en clisés inanimados.

De acuerdo con el primer esquema de Spengler, el proceso del dominio, que comienza con la agricultura, termina con el predominio de la máquina, dispositivo este que, según él, encierra al

go hostil para la vida. El hombre de negocios, el ingeniero y el industrial desplazan al artista y al campesino. Pero la mecanización, ligada a un esquema descarado de explotación, remata en el salvajismo: Spengler reconoció este hecho y en sus últimas formulaciones manifestó enfáticamente que el hombre es un carnívoro, a fin de justificar la conclusión de que los hombres de nuestra época deben aceptar de buena gana el salvajismo, someterse al látigo de un César y tomar parte en sus maquinaciones brutales. Desde luego existe una contradicción seria entre la creencia romántica de Spengler en la criatura carnívora voraz y los hechos históricos de la domesticidad rural y de la cultura urbana; pero pueden perdonarse los errores de Spengler, pues tiene a su favor el atenuante de haber sido uno de los primeros hombres de nuestra generación capaz de aprehender el significado crítico de la ciudad en el desarrollo de la cultura.

Una interpretación posterior de este ciclo del desarrollo y de la decadencia es la que nos ha dado Arnold J. Toynbee en su monumental Estudio de la Historia.(1) El estudio de Toynbee es más profundo que el de Spengler; se basa en una aprehensión más amplia de los hechos históricos y no pasa por alto las pruebas empíricas a fin de mantener intacta la figura literaria. Desgraciadamente, la teoría del desarrollo de la civilización de Toynbee no abarca la función especial de la ciudad, considerada a la vez como el instrumento y símbolo de este proceso; y aun cuando vuelve a descubrir la función del claustro; en su concepción del retiro y regreso como paso necesario en el proceso de la renovación, no relaciona esta circunstancia con el proceso del desarrollo urbano. De ahí que Toynbee resulte débil precisamente donde Spengler es más fuerte: empero, cabe observar que su división de las culturas componentes en sociedades y su ciclo esquemático del desarrollo se basan en una observación más detenida de los hechos históricos.

El sumario más significativo de todos, desde el punto de vista desarrollado en este libro, es asimismo el primero: el que propuso Patrick Geddes hace veinticinco años en su bosquejo de

(1) EMECE EDITORES, Buenos Aires.

las fases del desarrollo de la ciudad, que comienza con la polis y termina con la necrópolis. Como verdadero discípulo, he modificado el esquema de Geddes, así como modifiqué su análisis de la fase paleotécnica y neotécnica de la máquina. Por lo tanto, me propongo insertar una fase más temprana que no figura en su esquema, y he combinado dos fases posteriores suyas, las de Parasitópolis y Patholópolis, en una sola fase, dado que no puede observarse un lapso entre ellas. Estas modificaciones, hechas después de su muerte y no sometidas, por tanto, a su sanción, tienen el mérito de colocar las tres primeras fases del ciclo en la curva ascendente y las últimas tres en la descendente; y esto, a mi parecer, encaja más dentro del esquema esencial de Geddes que su propio diagrama original.

PRIMERA FASE: EOPOLIS. Desarrollo de la comunidad en la aldea. Desarrollo de la habitación permanente y de los órganos externos de asociación permanentes gracias a la agricultura y la seguridad de una provisión de alimentos equilibrada, obtenida merced a la domesticación de animales. Cultivo de granos y de legumbres, y asimismo de ciertos árboles y de la viña; provisión abundante de proteínas, grasas vegetales y licores fermentados. El sobrante de la producción en la agricultura compensa las irregularidades del ciclo de las estaciones y asegura una rutina ordenada de la vida: seguridad y continuidad. La creación de dispositivos permanentes para el almacenamiento -transformación de la energía cinética en energía potencial (depósitos de alimentos)- determina un gran aumento del poder económico y cultural.

Diferenciación de la casa de residencia permanente, y límites regulares de la aldea como consecuencia de un trazado sistemático y de un reparto ordenado de la tierra: aldeas sobre pilotes, aldeas de praderas, etc. Desarrollos técnicos importantes, especialmente en lo referente a los utensilios e instrumentos agrícolas: alfarería, fabricación de cestas, de azadas, comienzos sistemáticos de explotación de minas y de fabricación de herramientas: aurora de la metalurgia. El fuego como símbolo del progreso: el hogar y el altar. Transmisión hablada de la tradición

debida a la camaradería estrecha entre viejos y jóvenes. La asociación se hace sobre la base de la sangre y de la vecindad: predominio de los grupos primarios. La cultura guarda continuidad con la vida, pero está limitada por la restricción arbitraria de la experiencia (tabús); temor a apartarse de las fórmulas mágicas; respeto sumiso a la sabiduría atávica tal como ha sido transmitida por los sacerdotes, y falta de intercambio estimulante con otras culturas. Primera diferenciación de las aldeas sobre la base de realidades topográficas de recursos locales y de ocupaciones indígenas: aldeas de mineros, aldeas de pescadores y aldeas de agricultores.

La aldea, que probablemente surgió en la cultura neolítica, sigue siendo la más resistente de las formas colectivas. Su vida constituye el principio de todas las transformaciones subsecuentes de la civilización, y aun cuando las aldeas pueden continuar existiendo como tales, nunca cumplen más que una parte del ciclo y nunca participan, excepto por infiltración adaptativa, en los progresos realizados en la ciudad. Por eso mismo logran evitar las consecuencias más graves de la decadencia. La aldea agrícola, no el mercado, es el prototipo de la ciudad; sus ventajas, en lo que se refiere a la protección, a los depósitos y al mantenimiento de la vida, son el núcleo esencial de la ciudad, y con el correr del tiempo se convierten en las formas culturales que simultáneamente se expresan en forma concreta en las manifestaciones del arte colectivo: el altar se convierte en templo, los rituales de la plantación y de la cosecha se convierten en drama y en teatro, el arcón del granero y el sótano son en la aldea los prototipos de la biblioteca, del archivo y del museo. La aldea sigue siendo la raíz esencial que, de cuando en cuando, echa nuevos brotes urbanos. Su forma y su contenido persisten mucho después que otros tipos diferenciados urbanos han florecido y desaparecido. De ahí que esta estrofa, a menudo citada por los habitantes de un pequeño pueblo situado cerca de Edimburgo, contenga no poca verdad:

Musselburgh era un pueblo cuando Edimburgo no existía  
Musselburgh será un pueblo cuando Edimburgo se haya ido.

SEGUNDA FASE: POLIS. Asociación de aldeas o grupos consanguíneos con una sede común que facilita la defensa contra los ataques del invasor: una deidad común con un altar o templo común, generalmente cerca de la sede defensiva o en ella, que sirve de punto de reunión para celebrar ferias periódicamente; en ellas tiene lugar un intercambio de productos y de procedimientos entre las comunidades más grandes. Desarrollo de la producción industrial mediante la división sistemática del trabajo y la especialización parcial de las funciones; desarrollo de los negocios; aparece un sobrante de productos fabricados así como de alimentos. Comienzos de la mecanización - estampado, moldeo, fundición- en los primeros centros civilizados situados a orillas de los ríos; aparece el molino de agua, se pavimentan caminos y, en la civilización grecorromana, se vulgariza el uso de vehículos con ruedas; en la civilización moderna, en su fase eotécnica se fabrican instrumentos de precisión así como dispositivos para captar y distribuir energía.

Energía libre: tiempo libre: escape a la preocupación incesante que requiere el esfuerzo para sobrevivir. Oportunidad para alimentar mejor a la familia, para la educación, para el desarrollo del cuerpo en los ejercicios militares y atléticos, para la disciplina de la mente en la contemplación, en la dialéctica y en la ciencia, y para practicar las artes humanas. Medicina sistemática y cultura de la salud. Desarrollo ulterior de la división social del trabajo mediante la multiplicación de asociaciones y organizaciones con finalidades determinadas. Diferenciación entre el conocimiento teórico y el empírico: rudimentos de matemáticas, astronomía y filosofía; influencia creciente de una clase especial exenta de trabajos y obligaciones prácticas, pero dedicada a conservar y dilatar la herencia cultural. Erección de edificios especiales que incorporan colectivamente nuevas funciones culturales y políticas: el templo, el estadio, el teatro, la casa de la corporación y la catedral. Desarrollo de la escuela como órgano para transmitir sistemáticamente los elementos de la herencia social a los niños y a los jóvenes; diferenciación ulterior entre el claustro y la escuela: la arboleda, la alameda, el claustro, el estudio y el laboratorio. La unidad

a dar forma a los dialectos hablados en las regiones vecinas, constituyendo un medio común de intercambio secundario. La investigación regional desahoga a la rutina. Los representantes de la religión, de la filosofía y de la ciencia ya no están unidos en una jerarquía de sacerdotes; siguen sendas diferentes: se agranda el abismo entre el conocimiento sagrado y el secular, entre el empirismo y la teoría, entre el hecho y la idea; pero esas contradicciones y semejanzas, esas hostilidades y amistades espirituales dan lugar a nuevas síntesis. En todos los órdenes de la vida se observa un nuevo enfoque similar: la emancipación de las antiguas normas y de la rutina estereotipada. La fusión de lo instintivo, de lo imaginativo y de lo racional en grandes filosofías y obras de arte: expansión máxima de la energía cultural: la Atenas de Platón, la Florencia de Dante, el Londres de Shakespeare y el Boston de Emerson.

Signos de debilidad aparecen debajo de la superficie. Cada vez resulta más difícil absorber e integrar elementos culturales dispares; aparece un individualismo que tiende a romper los antiguos lazos sociales sin crear un nuevo orden en un plano más alto. La guerra profesional, ya diferenciada como rasgo cultural, adquiere nueva energía debido a un equipo técnico más grande y al nuevo ímpetu derivado de la rivalidad económica. Estallan conflictos graves entre los propietarios de la maquinaria de la producción y los trabajadores, ya esclavos o libres: comienza la lucha de clases en forma activa. Se estabilizan los símbolos pecuniarios de la ganancia a medida que la clase, cada vez más numerosa, de mercaderes y banqueros ejerce mayor influencia.

FASE CUARTA: MEGALOPOLIS. Comienza la decadencia. La ciudad, bajo la influencia de un mito capitalista, se concentra en los negocios y en el poder. Los dueños de los instrumentos de la producción y de la distribución subordinan cualquier otro hecho de la vida al acaparamiento de riquezas y a la exhibición de las mismas. Conquista física recurriendo al empleo de fuerzas militares; dominación financiera por medio del comercio y de los procesos legales; empréstitos, hipotecas y empresas especulativas. La base agrícola se ensancha; las líneas de abastecimiento se hacen más te

nues; crece el espíritu de empresa agresivo y la agresión emprendedora a medida que se embota el sentido moral y que el deseo de poder atanda la atracción que ejercen sobre los seres los demás atributos de la vida; asimismo se debilita el ansia cultural. "Standardización", sobre todo en términos pecuniarios, de los productos culturales en el dominio del arte, la literatura, la arquitectura y el idioma. La reproducción mecánica suplanta al arte original; la magnitud suplanta a la forma: el volumen suplanta al significado. Triunfo de la mecanización en todos los órdenes: pasividad, impotencia manual, burocracia; fracaso de la acción directa.

La Megalópolis aparece en una época de expansión cultural, en una era de estudio y de conocimiento científico basado en tablas: investigación estéril, aparatos exactos para registrar los hechos y técnica refinada sin relación con la finalidad racional o con las posibilidades últimas de la acción social: alejandrino. Creencia de que en todos los órdenes de la vida rigen las cantidades abstractas: los monumentos más grandes, los edificios más altos, los materiales más costosos, el suministro mayor de alimentos, el número mayor de votos y la población más grande. La educación adquiere un carácter cuantitativo: dominio de la máquina de rellenar y de la enciclopedia y asimismo dominio de la Megalópolis considerada como enciclopedia completa: lo contiene todo. El saber se divorcia de la vida; la industria se divorcia de la utilidad de la vida; la vida misma se fragmenta en compartimientos y finalmente queda desorganizada y debilitada. Ejemplos: Alejandría en el siglo III a. J.C.; Roma en el siglo II d. J.C.; Bizancio, en el siglo X; París en el siglo XVIII, y Nueva York a comienzos del siglo XX.

Se invierte demasiado dinero en el aparato material de la magnitud. La energía no se aplica a los fines biológicos y sociales de la vida, sino que se gasta en los medios fisicos preparatorios. Explotación descarada del proletariado y conflicto creciente entre los traabajadores organizados y las clases propietarias. Tentativas ocasionales por parte de las cla

ses poseoras para fomentar el seguro mediante la filantropía: justicia en dosis homeopáticas. Estallidos ocasionales de represión salvaje por parte de la burguesía atemorizada que no tiene escrúpulos en emplear con ese fin a los elementos más bajos de la ciudad. A medida que el conflicto se intensifica surge una coalición entre la oligarquía de los terratenientes, templada en la lucha, y la canalla de la Megalópolis, compuesta por especuladores, emprendedores y financieros que proporcionan el nervio de la guerra y se aprovechan de todas las ocasiones favorables que les brindan la lucha de clases y el alza de los precios. La ciudad como medio de asociación y como puerto de la cultura se convierte en un medio de disociación y en una amenaza cada vez mayor para la cultura real. Ciudades más pequeñas caen en la esfera de influencia de la Megalópolis: practican por mimetismo los vicios de la gran ciudad y hasta se hunden en niveles más bajos, porque les faltan las grandes instituciones del conocimiento y de la cultura que aún subsisten en los centros más grandes. Aparece la amenaza de la barbarie general. Y ahora se acelera, con fuerza acumulativa y creciente volumen, el movimiento descendente del ciclo.

FASE QUINTA: TIRANOPOLIS. Extensión del parasitismo por toda la escena económica y social; la función de consumo paraliza las actividades más altas de la cultura y ningún acto de la misma se justifica cuando no implica exhibición y gasto. La política se convierte en una competencia entre varios grupos para explotar el tesoro municipal y el del estado. Se extirpan todos los órganos comunales de la vida cívica, excepto los del "estado". Cesarismo. Desarrollo de los procedimientos de rapiña como substitutos para el comercio y las relaciones comerciales: explotación sin tasa ni medida de las colonias y del territorio interior; intensificación de los ciclos de depresión comercial como consecuencia del exceso de expansión industrial y de la empresa especulativa agudizado por las guerras y las preparaciones guerreras. Fracaso de los gobernantes económicos y políticos para mantener la rectitud administrativa; búsqueda de puestos, búsqueda de privilegios, adulación abyecta, nepotismo; aumentan los impuestos. Apatía moral ge

neralizada y fracaso de la responsabilidad cívica: cada grupo y cada individuo toma lo que se puede llevar. Se abre un abismo cada vez más profundo entre las clases productoras y las consumidoras. Aumenta el Lumpenproletariat que reclama su parte de pan y de espectáculos. Deportes cada vez más violentos para las masas. Amor parasitario de las sincuras en todos los órdenes de la vida. Los gangsters y la soldadesca degradada exigen dinero con el pretexto de proteger; el pillaje organizado y el chantaje organizado constituyen acompañamientos "normales" de los negocios y de la empresa municipal. Dominio de las gentes respetables que se conducen como criminales y de los criminales que, a pesar de sus actividades, logran conservar la apariencia de la respetabilidad.

Guerras imperialistas, internas y externas; y después, la inanición, las epidemias, las enfermedades y la desmoralización: la incertidumbre se cierne sobre todos los proyectos futuros; la protección armada crea una situación peligrosa. Bancarrota municipal y del estado. Los impuestos locales se agregan a la carga, cada vez más pesada, de la deuda local originada por los servicios de alumbrado, limpieza, policía, etc. Necesidad de recurrir al estado para obtener ayuda en períodos de desorganización económica: pérdida de la autonomía. La base militar del estado, cada vez más importante, absorbe una buena parte de lo recaudado por concepto de impuestos nacionales. Esta carga significa otro peso que deben sobrellevar la industria honesta y la agricultura y asimismo crea nuevas dificultades para suministrar los artículos materiales elementales. Merma de la producción agrícola debido a la explotación de las minas, a la erosión, a la reducción de la tierra dedicada a la labranza y también porque los granjeros resentidos se resisten a vender las cosechas destinadas a la ciudad. Declinación de la natalidad como consecuencia de los medios anticonceptivos, del aborto, de la matanza en masa y del suicidio: declinación absoluta eventual en los números. Pérdida general del carácter. Tentativa para crear un orden mediante la acción militar externa: aparición de los dictadores-gangsters (Hitler, Mussolini) con el consenso de la burguesía: terrorismo sistemático ejercido por la guar-

dar es que la civilización no está, aun en su más avanzada fase de Megalópolis, confinada únicamente dentro de las ciudades universales. Estas proyectan sus sombras sobre los territorios más lejanos, pero ni sus gobiernos ni sus ejércitos ni sus institutos de cultura pueden abarcar completamente las provincias que reclaman; una parte de su dominio es simple jactancia y pretensión, que sólo se pone a prueba cuando llega la ocasión.

Aun en la fase final de Tiranópolis, la tiranía sólo es efectiva parcialmente; así, Krilov se da maña para decir sus fábulas satíricas y Epicteto, el esclavo, tiene pensamientos propios y conserva la autonomía de su alma. En esa fase aún quedan regiones, ciudades y pueblos con otras memorias, otras creencias y otras esperanzas; aunque encadenado a la dictadura, el pueblo, en lo esencial, no se entrega. En el apogeo de la economía de la Megalópolis, esos centros regionales subsisten, en parte, fuera del ciclo; alguna falla en la empresa, la falta de oportunidad, o un sentido más agudo de los valores vitales les impiden compartir el crecimiento y esplendor de la metrópoli.

Cuando, debido a los procesos de decadencia y de destrucción, fomentados por la Tiranópolis, las grandes ciudades caen en ruinas, los demás centros, aun cuando puedan comoverse como consecuencia del golpe, seguirán, empero, viviendo; y hasta es posible que vivan más intensamente cuando no se haga sentir el peso muerto que significa el sistema tiránico de administración política y financiera de la gran ciudad. Marsella y algunas de las ciudades de Provenza adquirieron nuevo vigor al desintegrarse la vieja civilización romana en Italia; este hecho, así como un contacto más estrecho con Bizancio y las posesiones arábigas, desempeñó una parte significativa, sin duda alguna, en el advenimiento de la cultura provenzal a comienzos de la Edad Media. Por otra parte, si hemos de examinar un sector más oscuro del cuadro, también puede presentarse el proceso inverso, un proceso que exige en dos sentidos nuestra atención cuando se trata de estudiar los problemas de la actualidad. He lo aquí: una fase decadente de la cultura -

puede prolongar su existencia si llega a captar las energías nuevas de un crecimiento reciente. De esta manera, Bizancio alcanzó a paralizar la cultura "joven" de Rusia en el siglo XVI; y en forma similar, la Tiránpolis de los zares en Rusia, que presentaba muchos de los síntomas del proceso final a fines del siglo XIX, ha dejado su marca cruel en la primera fase del régimen soviético al estimular la centralización sin objeto y la burocracia rígida, así como la costumbre de reprimir sistemáticamente las disensiones, ahogando así las nuevas iniciativas o las formas de cooperación, que, para ser completas, deben ser voluntarias.

En otras palabras, el curso de la vida de las ciudades es esencialmente diferente del de los organismos superiores. Las ciudades presentan fenómenos de crecimiento detenido, de muerte parcial y de autorregeneración. Las ciudades y las culturas de las ciudades pueden comenzar bruscamente en las generaciones remotas y son capaces de prolongarse, como organizaciones físicas, durante los períodos vitales de varias culturas: observemos a Damasco, la más antigua de las ciudades sobrevivientes, ya venerable en los días de San Pablo. Es sólo como parábola, más bien que como aserto científico, que se puede hablar de la primavera o del invierno de una civilización, como si el ciclo fuera, desde el punto de vista climático inevitable, o del nacimiento y de la muerte de una fase cultural, como si un observador contemporáneo pudiera reconocer claramente el grito característico del nacimiento o los estertores de la muerte.

Las ciudades pueden recibir nueva vida mediante el trasplante de tejidos de comunidades o civilizaciones sanas situadas en otras regiones: algunos centenares de personas, como los hugonotes en Escocia o en Alemania, o los judíos en casi todas las civilizaciones, pueden actuar como poderoso estimulante. Actualmente, la dispersión de la élite de Alemania o de Italia, y en cierto grado de Rusia, puede ser uno de los elementos que compensen el crecimiento de la barbarie dentro de esos países. Y esos tejidos transplantados ni siquiera requieren serlo en forma de gente viviente: los órganos colectivos de la cultura, los signos, los símbolos, las for

mas y las esencias abstractas y etéreas, pueden asimismo, tener un efecto decisivo; véase la influencia poderosa que han ejercido los monumentos romanos y la literatura griega al suplantar temporariamente las energías gastadas de la Edad Media. Todo lo que se necesita es que el organismo que recibe esos nuevos tejidos pueda aprovecharlos.

En resumen: las raíces de una cultura están a gran profundidad. Si las ramas están carcomidas por alguna enfermedad, el árbol puede aún echar un nuevo brote en su base; éste, con el correr del tiempo, se convertirá en un tronco del cual saldrán ramas nuevas. Desde luego éstas son figuras lingüísticas, pero representan medios de contrarrestar analogías que son aún más abstractas, porque se trata de figuras aún más fantásticas, como la curva de un ciclo, la sucesión de las estaciones. La vida social tiene sus leyes y ritmos propios; mucho queda oculto o inaccesible a la razón; mucho de lo que allí se encuentra escapa a la observación empírica y, aún más, al análisis estadístico. Todo lo que se puede decir con seguridad es esto: cuando una ciudad alcanza la fase correspondiente a la Megalópolis, evidentemente se encuentra en la curva descendente, y se necesita un esfuerzo social enorme para compensar esa inercia, para alterar la dirección del movimiento y para impedir el proceso inmanente de la desintegración. Pero mientras hay vida existe la posibilidad del contramovimiento, es decir, del crecimiento nuevo. Sólo cuando la gran ciudad se ha convertido finalmente en tierra de desperdicio hay que buscar el habitáculo de la vida en otra parte.

#### 17. SIGNOS DE SALVACION

La metrópoli se jacta de que es una ciudad mundial, y esta jactancia no es del todo vana. Treinta centros de contacto mundiales, esto es, puntos de concentración temporarios para viajeros, observadores, administradores, planificadores, estudiantes, estudiosos y técnicos, no serían demasiado para servir a una cultura tan complicada y de tantas facetas como

La que ahora poseemos. La mayoría de las ciudades mundiales existentes se han congestionado porque, en lo que se refiere a las comunicaciones internacionales, presentaban ventajas positivas, dado que eran los puntos de encuentro de los caminos transcontinentales y transoceánicos y a menudo poseían una herencia superior de instituciones culturales que se remontaban a un pasado histórico único. Esas ventajas subsistirían aun cuando las aglomeraciones humanas fueran reducidas a un cúmulo de ciudades sin relación alguna entre sí, aunque ninguna de ellas tuviera más de cincuenta mil habitantes, o aunque el coágulo no tuviera más de un millón. Lo que antes sólo existía en un punto urbano puede obtenerse en toda la región.

Pero la ciudad mundial, para funcionar como tal, requiere un orden mundial. Un mundo sumido en el desorden no puede ser aprovechado por esa ciudad, a menos que ésta se convierta en un centro de agresión política y de engrandecimiento financiero, incapaz de llevar a cabo las funciones esenciales de una ciudad aun para su propia población. Cualquier esfuerzo efectivo para reconstruir la metrópoli requiere algo más que planes locales de tránsito o reglamentos locales para la edificación. Tal como lo ha dicho Benton MacKaye, para disminuir la congestión del tránsito en Times Square, puede ser necesario modificar las rutas que sigue la exportación del trigo desde el interior, y lo que es cierto en cuanto al tránsito también se aplica a las demás funciones de la ciudad.

En otras palabras, cualquier esfuerzo para reconstruir la metrópoli debe ir contra el patrón básico de la economía metropolitana. Debe ejercer presión contra el crecimiento de la población, contra la multiplicación de las facilidades mecánicas que determinan la congestión, contra la expansión del área urbana y contra la "grandeza" irracional que no es posible regular. La prueba de que sólo un esfuerzo en este sentido puede proporcionar la ocasión favorable para allanar las dificultades metropolitanas está corroborada por la experiencia de los últimos veinticinco años.

Casi todas las mejoras decisivas que se han implantado en Viena, Londres, Berlín y Nueva York han sido aplicadas durante los períodos en que el sistema financiero metropolitano sufría un colapso. Fué en medio del terrible período de la inflación cuando Berlín se apoderó de tierras linderas para construir grandes parques de viviendas y dirigir el desarrollo de las zonas de tierras privadas. Sólo ante el colapso le fué posible a Berlín adoptar las medidas que una pequeña ciudad regional como Uim tomó una generación antes. De igual manera, fué durante un período muy crítico cuando la ciudad de Viena logró reunir, mediante impuestos locales, los fondos necesarios para llevar a la práctica la construcción de grandes barrios obreros, obra ésta realizada por el gobierno socialista de la municipalidad después de la guerra: se hicieron más mejoras en una docena de años que las llevadas a cabo por el capitalismo y la "prosperidad" en una docena de décadas. Y en medio de la gran depresión que comenzó en 1930, la ciudad de Nueva York, como resultado de la quiebra de numerosos terratenientes, obtuvo el número necesario de pequeñas parcelas que fueron convertidas en campos de juego; asimismo, fue como subproducto del esfuerzo para aumentar el trabajo creando un sistema de obras públicas, que la ciudad obtuvo suficientes fondos del gobierno nacional para construir dos grandes colegios y llevar a cabo un vasto programa de rehabilitación de parques. Los valores de la vida retornaron a la ciudad sólo después que los valores financieros se desinflaron. Desde el punto de vista de la vida decorosa metropolitana basada en "standards", se puede hablar con razón de la "amenaza de la prosperidad".

Al echar los cimientos del nuevo orden regional, basado en la cultura de la vida, la metrópoli, empero, tiene una parte importante que desempeñar. En la actualidad, las ciudades mundiales, como consecuencia del monopolio que ejercen, contienen muchos de los mejores elementos de la herencia del hombre. Es en este respecto donde el régimen metropolitano ha debido soportar los ataques más violentos de la crítica, y asimismo es donde se ha hecho sentir

con más intensidad la necesidad de recurrir a la descentralización y hacer planes inteligentes para ponerla en práctica. Junto con la concentración del poder y de la actividad en la gran ciudad, también ha crecido el valor para emprender grandes tareas, la capacidad para reunir, - transportar y organizar grandes cantidades de hombres y de materiales. La energía que hasta a hora se ha movilizad para producir la congestión puede también utilizarse en la reconstrucción de la metrópoli y asimismo para fundar el régimen biotécnico. La renovación biológica de la vida moderna, gracias al culto de la higiene y al ejercicio sistemático de los juegos y de los deportes, es un producto de la metrópoli; de igual manera la nueva definición del núcleo social de la ciudad moderna, en la forma embrionaria de la Settlement House, el Palacio del Pueblo y el Centro de la Comunidad.

La Settlement House, en efecto, fué el primer esfuerzo efectivo no sólo para combatir la barbarie en las zonas pobres de la metrópoli, sino también para establecer en sus barrios construidos al azar un núcleo apropiado social que pudiera servir como punto de concentración para ejercer actividades sociales y educativas. Jóvenes sacerdotes protestantes y fervientes mujeres jóvenes, un Canon Barnett, una Jane Addams, en lugar de ir a partes remotas del mundo para predicar el Evangelio, comenzaron, en la penúltima década del siglo pasado, a establecerse en los slums. En esos centros encontraron gente tan primitiva como los canibales de la isla Fiji y, en muchos aspectos, tan ignorantes como éstos en lo que atañe a la cultura occidental. Esos ciudadanos de Whitechapel y del South Side eran unos descastados: sin esperanza, sin orgullo; víctimas no sólo de la explotación, sino de lo que William Morris llamó la "impotencia para desear que caracteriza a muchos pobres".

La colonización de los slums mediante la Settlement House fué un acontecimiento importante; no sólo permitió que el habitante del slum conociera las primeras emociones del arte, de la literatura, del drama y de la música, sino que esta institución, asimismo, le proporcionó un

local para reunirse, formar clubes y grupos sociales. Algo más ocurrió. El éxito de la Settlement House llamó la atención hacia el hecho de que los barrios más prósperos estaban igualmente desprovistos de los órganos elementales de asociación; hablando desde el punto de vista cívico, ningún barrio de la clase media constituía una entidad. Por lo tanto, la nueva concepción del barrio urbano organizado, con un edificio central adaptado a distintas actividades comunicales, tomó forma, precisamente entre la pobreza más degradada y el ambiente más desorganizado. Esta concepción de la generación anterior tiene fundamental importancia en las buenas construcciones de viviendas y de edificios para la comunidad; probablemente se la considerará, aun cuando el nombre desaparezca y la institución sea modificada, como la contribución cultural más fundamental de la metrópoli al nuevo orden.

La destrucción de la forma muerta del orden metropolitano y la concentración de sus energías sobrevivientes en la utilización social de sus bienes reales, dentro de una armazón regional más grande, quizá sea la tarea más apremiante de nuestra civilización; los resultados de la guerra y de la paz, de la socialización o de la desorganización, de la cultura o de la barbarie, dependen en gran parte de nuestro éxito en resolver este problema. Ya han aparecido los símbolos del nuevo orden. También en los nuevos edificios y en las nuevas escuelas han aparecido nuevos programas de vida y nuevas mutaciones; en las ciencias biológicas y sociológicas han sido echados los cimientos de ese orden, un orden más comprensivo que el concebido por Marx, y más profundo en sus requerimientos y ajustes que una simple revolución económica. En la etapa siguiente se tratará de crear la organización política apropiada a esa nueva tarea y de especificar detalladamente cómo podrán conseguirse los medios económicos efectivos.

Sin embargo, antes de dar cualquiera de esos pasos debemos tener una visión más clara de los cambios que han ocurrido y de las nuevas posibilidades que han surgido. La dinámica del cambio social requiere una situación real en el tiempo: una serie de procesos que pueden acelerar

se o retardarse, estimularse o atenuarse; grupos de gente que están en comunicación con el lugar que habitan, con otros grupos y con su herencia social. Asimismo, se requiere una armazón colectiva de intereses y propósitos que, aunque cambian lentamente, sirven para concentrar y dirigir el proceso social intermedio. Cuando todos los demás elementos del cambio social se tienen debidamente en cuenta, la definición de la nueva armazón se convierte, no en una muestra de pensar como querer, sino en un elemento decisivo de todo el proceso.

Los períodos de cristalización social rápida -como los que tuvieron lugar en Roma en la época de San Agustín o en Inglaterra en la de Bentham- son períodos durante los cuales en la comunidad, mediante la investigación crítica y la nueva orientación consciente, se forma una representación colectiva clara de sus propias finalidades y aparece una fe apasionada en la posibilidad de una nueva actitud y de un profundo cambio social. Como consecuencia de esta situación, la comunidad ejerce un dominio mayor sobre los procesos sociales. Si bien la definición racional de la armazón ideal no es la única que realiza la transición necesaria es, sin embargo, un elemento importante para cambiar la dirección del proceso negativo y apresurar las adaptaciones sociales necesarias. Las más fuertes organizaciones y presiones sociales, sin esas metas bien definidas, disipan sus energías en esfuerzos inútiles motivados por oportunidades caprichosas. Cuando no hay meta no hay dirección: no hay plan fundamental ni consenso, y, por lo tanto, no hay acción efectiva práctica. Si actualmente la sociedad se encuentra paralizada, ello no se debe a la falta de medios, sino a la falta de fines.

Instituto de Salud Colectiva

Universidad Nacional de Lanús